



Josefina Belliza de Sagasta



Sazonarias





Josefina Pellizzari *de* *Verona*

Josefina Pelliza de Sagasta

PASIONARIAS



BUENOS AIRES

Imprenta Europea, Moreno y Defensa

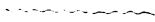
1888



CORONA

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Hojas de Roble



Señora Josefina Pelliza de Sagasta.

Señora :



VERSOS como los que vd. ha tenido la amabilidad de obsequiarme, no se juzgan, se sienten.

Espira de ellos ese místico aroma guardado como en una urna inviolable en el fondo de las almas tiernas.

Vagos anhelos, aspiraciones veladas — cándidas promesas — presentimientos íntimos, reminiscencias de celestes y melancólicas imájenes columbradas entre las nieblas de la existencia entristecida; todo eso y mucho más ha sabido vd. traducir en su poesía que fluye á manera de

un raudal cristalino derramándose con murmullos apacibles entre sus « Lirios Silvestres » — Consuelo, hermana de Eloisa y de Laurencia, castas sacerdotisas del amor inmortal.

Por mas alejado que se esté del templo donde se consumen los sagrados misterios — es siempre interesante divisar en lontananza sus cúpulas encumbrándose al éter — y que alguna ráfaga de viento haga llegar hasta nuestra tienda de peregrinos fatigados el éco de sus himnos.

Solo es dado entonarlos á aquellos cuyo corazon «no pueda.
 con el inmenso afan de su ternura ».

Inestimable privilegio es, sin embargo, saberlos comprender en su intensidad y elevación.

A esto he de limitarme únicamente respecto del bello poema de vd.

Tendría por inconveniente señalar en él cualquier imperfección á lo que de modo alguno me juzgaría autorizado.

Cuando una voz fresca y pura se levanta uniéndose al coro eterno con que la humanidad sublima la belleza, el sentimiento y el arte — debe el aplauso sobreponerse á las severidades de la crítica.

Hay frentes que parecen formadas para ser

ceñidas de rosas y de mirtos. — ¿Quién se atrevería á despojarlas de su adorno?

Grato al hermoso presente con que se ha dignado vd. favorecerme, ofrezco á vd., señora, mi congratulación más cordial, suscribiéndome atento y S. S.

Cárlos Guido Spano.

De «El Nacional»



Señora Josefina Pelliza de Sagasta.

Mi apreciable Señora :

He leído su canto — mejor dicho *lo he oído* — porque sus versos suenan como instrumentos musicales.

Al recorrerlos oigo — ó me parece oír una especie de música ; — siento ó me parece sentir un ambiente perfumado ; veo, ó me parece entrar en una atmósfera poblada de visiones doradas.

Es esto lo que ha producido en mi espíritu las notas armoniosas de su bello poema y en suma propiedad llamado por vd. inmortal.

Siempre cautivó mi espíritu aquellas notas arrancadas al sentimiento, verdaderos écos del alma con que tan bien ha sabido vd. impregnar las estrofas hermosas de Inmortal.

Hay en él una riqueza de inspiración de imá-

genes delicadas que tocan el infinito con alas de luz y que dejan en el alma del lector una rara sensación — un anhelo no sospechado, como una alborada luminosa que no se había entrevisto aun.

Quedo sometido al blando arrullo de sus versos con la emoción que muchas veces ha dejado en mi espíritu las grandes sinfonías de Stradella y de Wagner.

Besa sus piés —

Juan Bautista Alberdi.



Señora Doña Josefina Pelliza de Sagasta.

Señora :

He leído con placer su ramillete de *Lirios* — me apresuro á manifestarle mi agradecimiento por haberme hecho conocer esas páginas arrancadas al bosque vírgen y á la naturaleza desnuda. Las producciones de vd. son por esta razón orijinales — exclusivamente suyas : las embellece el ambiente y la luz de los campos en donde vd. creció y recibió sus primeras sensaciones.

Esa juventud desenvuelta al aire libre — entre flores silvestres, encantada nereida de las plácidas ondas uruguayas — manejando el remo y más tarde la brida — embalsamando su espíritu soña-

dor en el aroma de las patrias islas—poblando su mente de las visiones doradas del ideal juvenil—debía dar por fruto la injénua franqueza y la naturalidad que resalta en las descripciones y sentimientos de vd., volcados como untorrente de notas blandas en cada uno de sus versos. Sus poesías no se leen—se oyen—tienen en su cadencia, sonoridades musicales—es la espontaneidad natural de su inspiración tan rica como original.

Cuente vd. con la aprobación de cuantos sepan apreciar esta clase de mérito en las obras de arte.

Las flores no se analizan—se admiran—se gozan, y nos inspiran gratitud hácia quien las dota de perfumes y colores; por eso admiro y agradezco el ramillete de sus « Lirios Silvestres » como vd. los ha llamado en rigurosa propiedad.

Salúdala con respeto su admirador—

Juan Maria Gutierrez.



« Hoja de rosa »



Sra. Doña Josefina Pelliza de Sagasta.

Señora :

He leído con placer, como sucedió á Juan María Gutierrez, las composiciones que vd. ha te-

nido la bondad de enviarme, juntamente con los juicios que han merecido de señalados literatos argentinos, y que segun me dice, piensa publicar como una corona de su obra poética, con el título de: «Hojas de roble». Por qué de roble símbolo de la fuerza en la lucha, y no de rosa símbolo de la gracia mística, ó de jazmines, cuyo perfume penetrante trae la idea del espíritu del ideal que impregna la vida?

De cualquier modo y bajo cualquier título, si una palabra mía puede agregar una hoja más á su corona poética, yo se la ofrezco con la simpatía que despierta la aspiración á lo bello y á lo bueno.

Como se lo dice Guido Spano, y como se lo dijo Alberdi, versos como los de vd. no se leen: Se sienten y se oyen.

La poesía es música, por los sonidos y pintura por las imágenes, que obra á la vez sobre la imaginación y los sentidos; pero hay un elemento más incorporado á ella, y es el soplo del sentimiento que, como el viento en las arpas eólicas hace vibrar las cuerdas del corazón.

En sus versos hay armonía y sensibilidad, por eso se oyen como música, aun sin leerlos, y se sienten sin necesidad de que intervenga en su percepción el juicio, porque como lo ha dicho un gran poeta refiriéndose al canto de las aves:

Al fin, la queja se entiende
Si se ignora la canción.

Bajo estas agradables impresiones he terminado la lectura de sus poesías, oyéndolas dentro de mi propio ser, y ofrezco á vd., á su elección, sea una hoja de roble, como lo desea, ó sea una hoja de rosa ó de jazmin.

Con este motivo me es grato saludar á vd. con todas mis simpatías y suscribirme—

S. S.

Bartolomé Mitre.



Al Sr. General D. Bartomé Mitre.

Me ha ofrecido vd. con palabras benévolas una hoja de rosa ó de jazmin que yo acepto con su nombre puro, que simboliza el ideal de la vida. Voy á ceñirla á mi corona poética—ella perfumará con su esencia la fortaleza del roble. Entre ese follaje duro como las ramas de la antigua encina con que Roma vencedora coronaba la sien de sus héroes—brillará eternamente la hoja de rosa que su espíritu delicado ha ofrecido como un lauro inmarcesible á mi orgullo.

Las hojas del roble que forman el marco á mis « *Pasionarias* », simbolizarán siempre la for-

taleza del pensamiento de donde ellas surgieron para mi gloria y demostrarán el vigor de esos espíritus privilegiados que brillan como constelaciones en el cielo de la patria. Su hoja de rosa, jemela también en fortaleza, va á impregnar con su perfume místico las hojas de mi guirnalda poética: ella será la luz que dé vida á la sombra del follaje.

Gracias! Su admiradora—

J. P. de Sagasta.



Inmortal

El canto que con este título ha publicado la señora Josefina Pelliza de Sagasta, es la eterna y lamentable historia de dos almas amantes separadas por fuerza de la fatalidad.

La mitad de la poesía que ha sido escrita sobre la tierra, vibra en esta cuerda del sentimiento.

El tema del canto *Inmortal* no es entonces nuevo.

Pero es ésta circunstancia precisamente lo que hace uno de sus méritos, porque el asunto está tocado con una novedad deleitable y en-

cerrado en un cuadro de forma orijinal que la engalana y le presta frescura.

El tono general del canto es apasionado, íntimo y robusto, prestándose naturalmente á lo inmaterial y sensible de un drama que parece posarse en las esferas de una existencia mejor.

El carácter de la pasión celeste está tocado con verdad y luz: el colorido de las inflexiones se ajusta á una armonía inalterable, y hay en el análisis del sentimiento una copia lujosa de ciencia psicológica.

La imaginación y el sentimiento marchan de la mano en todo el canto; la retórica es lujosa y fecunda, meciendo la personalidad de la obra en un estilo ágil y gallardo.

El canto *Inmortal* no es solamente la mejor obra poética y la de más largo aliento de la señora Sagasta; es la más considerable de todas las que ha producido entre nosotros la musa femenina, y con ella se coloca en primer término la poetisa argentina.

El canto, en metros variados, puede contener seiscientos versos, entrando por su volúmen y su cuadro en las líneas del poema.

Hay un prólogo breve y fantástico: la creación de dos almas destinadas: se sigue su estela sobre el mundo; se penetra á su conjunción amante; se estudia la fuerza armónica que las liga

y se traza la primera escena en la separación por la muerte: el alma del hombre queda en la existencia terrestre, y el corazón herido va á vivir en el recuerdo y á buscar consuelo en la soledad y la plegaria.

El alma errante se trasforma en astro; pero vuelta por atracción á la tierra, trasmigra á un cuerpo muerto que entra con ella á una nueva vida estraña sin recuerdos y obediente á la atracción primitiva.

Vuelven á hallarse los dos séres en los giros del mundo siempre y más que nunca ante una valla insalvable para la carne, pero no para el alma, que les reanuda en el amor.

Y es entonces bajo la agonía, en una confesión casual en que la mujer que ama revela al ermitaño el misterio del sentimiento inmortal. Asiste él al martirio de la partida eterna y queda en la tiniebla del eclipse hasta el día de la deliberación.

Pero los espíritus inmortales se unen por fin, y dejan por el firmamento interminable su reguero de luz.

Tal es el Canto *Inmortal* de la Señora de Saggasta y en el verso su obra mejor.

De «La Patria Argentina»



Señora Doña Josefina Pelliza de Sagasta.

Señora :

Sin tener la autoridad de un crítico, me permito felicitarla por su precioso canto : hay en él notas de ternura que llegan al fondo del alma, como esos perfumes perdidos en el bosque, que flotan al rededor de las hojas, suaves y vaporosos como un sueño ; es un poema de amor, donde el sentimiento brilla como una llama intermitente, como un soplo que pasa y no se sabe de dónde viene ni á dónde vá ; como una ola de melancolía que azota la frente de una vírgen ; como un sonido tierno y quejumbroso que hiende el aire en una brillante noche de verano, para perderse en lo infinito.

Mezcla de felicidad y de infortunio, de luz y de sombra, su canto, lleno de bellezas poéticas, demuestra la riqueza de su alma y el poder de su mente soñadora.

B. S. P.

Leon de Massenet.

De «La Moda Ilustrada»



El César

Esta brillante fantasía acaba de sorprender agradablemente al escaso público literario de la mercantilista metrópoli del Plata.

La opinión está hecha ya entre las pocas personas que constituyen nuestro diminuto areópago literario.

La distinguida señora Josefina Pelliza de Sagasta era conocida entre nosotros como escritora galana, como chispeante cronista y como poetisa de rica y poderosa inspiración.

El *César* ha venido á poner el sello á su reputación bajo este último punto de vista, porque la fantasía que nos ocupa será siempre uno de los más frescos y bellos laureles de su envidiable corona poética.

Desde luego, séanos permitido dirigirle un franco y sincero aplauso por la elección del tema, circunstancia que en la generalidad de los casos, cuando se armoniza con las propensiones especiales y las aptitudes características de cada individuo, sirve para decidir el éxito de los trabajos literarios.

Tiene razón la inteligente señora de Sagasta. La América, tierra privilegiada — donde todas

las fuentes de la actividad política y artística conservan todavía la virginidad de sus inmensas selvas primitivas, ofrece horizontes inmensos á los que, como ella, rinden un culto ferviente ante los hoy casi solitarios altares de la estética.

En este orden de ideas, miraremos siempre con agrado y simpatía todos los trabajos científicos ó literarios que se inspiren en temas americanos, pero sin que esto importe militar bajo las pequeñas banderas de los pretensos emancipistas.

Tal nos ha sucedido con la preciosa fantasía de la señora Pelliza de Sagasta.

Su versificación es fácil, fluida y correcta; su inspiración llena de riqueza y de vigor; sus imágenes atrevidas, oportunas y nuevas. No trepidamos en decirlo — es un trabajo que firmaría con satisfacción cualquiera de nuestros primeros poetas.

Es verdad que también tiene defectos — pero como las manchas del sol, desaparecen ante la magestad y el esplendor del conjunto.

Nuestros lectores podrán juzgar al *César* por las bellísimas estrofas que van á continuación de estas líneas.

Jorge Argerich.



Señora J. P. de Sagasta.

Señora :

La naturaleza, concierto sublime é inmenso, presta al genio sus notas armoniosas; inspira á Weber y á Beethóven — foco de verdad y belleza imperecederas, renaciendo siempre como Fénix á la vida primaveral, ofrece al poeta, al artista, sus tintes y sus sonidos; la luz indecisa de los crepúsculos, el perfume de las flores. Perseguir esa verdad y esa belleza es rejuvenecerse, y hacer que el árbol marchito se inunde de nueva sávia y se eleve vigoroso; — buscar y hallar esas fuentes de inspiración, no vagar entre ruinas, como ha dicho un apóstol, ni perder el aliento del entusiasmo, es poseer corazón de poeta y verdadera organización de artista en el ejercicio de estas altas facultades — el sentimiento y la inteligencia.

En el canto *Immortal* se encuentra los latidos de un corazón que siente lo bello y sabe expresarlo con acentos delicados, — un corazón templado al calor purísimo del amor — de ese amor que baña en melancólica languidez los espíritus superiores.

Immortal es el poema del alma, es una página de ese libro jamás concluido, en que se ano-

tan las infinitas impresiones, los recuerdos y los arrullos de la esperanza, es el idilio íntimo de una alma hermosa que ha bebido en la fuente del amor, sin aplacar su sed; es un raudal de esos latidos que golpean eternamente el corazón humano y levantan sobre todos los sueños ambiciosos:—los ecos de la pasión.

La lectura del canto *Inmortal* me ha sugerido estas líneas incoloras. Sirvan ellas para agradecer á la autora tan valioso obsequio.

Lo leeré otras veces, en los días tranquilos y en los días agitados — porque hay lecturas que nos ofrecen nuevas bellezas cada día. Poemas así concebidos y así ejecutados, tienen siempre un encanto, que es un perfume que no se evapora. Ahí queda en buena compañía: las páginas del autor de *Jocelin*, el *Franck* de Musset, las máximas de San Juan Crisóstomo, y también la *Maria* de Isaacs, que recuerda los amores de la infancia y despierta los recuerdos adormecidos por el tiempo.

He leído así mismo la fantasía *El César*, que ya conocía y que mereció juicios favorables de la prensa al ser publicada. Los versos que forman el *César* denotan una imaginación rica en colores.

La lira que produjo los sonidos cadenciosos de

Lirios Silvestres y más tarde las estrofas de *Inmortal* parece haber enmudecido.

Nos sorprenderá tal vez con algo más hermoso?

P. Barreira.

De «Los Tiempos»



El César

FANTASÍA DE LA POETISA JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA

In dieser Welt handelt Jeder nach seinem
natürlichen character nach seinem
Geiste.

Schopenhauer.

Du bist am ender-was du bist.

Goethe.

Poeta nascitur..

Ciceron.

La egreja poetisa Corina, de la escuela de Mirtys, decía á Píndaro su condiscípulo: « la poesía no debe vivir solamente en el pensamiento de las cosas reales, sino también de las ficticias ». Era que Corina lamentaba la demasiada preocupación de Píndaro por la forma del verso, descuidando lo que podríamos llamar el *alma de la poesía*.

De la lectura del *César* no diría Corina lo que

decía de Píndaro. La autora de esta bellísima fantasía poética parece haber tenido presente los consejos que daba aquella inspirada poetisa, con ese gusto sobrio y delicado que caracteriza el genio griego.

La forma brillante de esta fantasía es propia de todas las composiciones de la señora de Sagasta.

Su versificación espontánea, correcta y melodiosa lo embellece todo, ya cante á la naturaleza, al amor, ó á las dulzuras del hogar.

Desarrolla su pensamiento con sublimes figuras, concepciones deslumbrantes de su estro poético. Así con las modulaciones que infunde á sus escritos, produce en el ánimo del lector el estraño contraste de las pasiones variadas.

El interés de la lectura del *César* crece en cada estrofa y toma el carácter de una ansiedad convulsiva hácia el fin.

.
 El lector siente el aquilón que brama; vé á Neptuno enfurecido sacudir las olas con su tridente; siente el temblor de esa convulsión estraña y fantástica de los elementos, en tanto que los gritos del cíclope se elevan como queriendo acallar ese estruendo infernal.

El aquilón rugiente
 Rebramando en el piélagó profundo,

Sacude la melena de su frente
Y atruena con sus voces la montaña.

vé con la imaginación, bajo las voluptuosas formas de una mujer divina, esa Nereida que gime y llora!.... aquella Nereida que el cíclope *vió jugar entre la espuma.*

Que en blancos copos se desgrana y brilla

Este ideal perfectísimo electriza al lector; ese dolor lo conmueve, y con el precio de su vida quisiera salvar á la vírgen del mar.... que hunde la frente.

Sobre el pecho de acero que la oprime

— Con íntima satisfacción observa que hay quien más feliz que él se apresta á defender tanta belleza; vé que no faltan los fuertes para arrancar al fuerte su víctima y aunque terrible y dudosa la lucha, espera desde el fondo de su alma el triunfo de la justicia.... palpitante anhela que el debil se salve!.... Si ateo fuera el lector en ese momento solemne á ese Dios mismo en el cual no créé, dirigiría postrado un ruego para que con su omnipotencia salvase la desolada hija de Nereo!

La lucha empieza; el invencible coloso no cede.... los fuertes reunidos doblan su ímpetu.... el instante decisivo se acerca.... pierde terreno el gigante.... ya vacila.... cae vencido al fin!

Cuál es la razón psíquica que explica esas serias impresiones que afectan moral y fisiológicamente el individuo á la lectura de una composición poética, de una fantasía que recuerda los mitos griegos de una leyenda inverosímil?

Es el efecto de la espontaneidad del verso: es la vívida luz de la inspiración que nos presenta palpable y real lo que es fantástico. Es el estro que nos inflama, que en sus emanaciones despierta nuestros más delicados sentimientos: la piedad, el amor, la justicia.

Es la manifestación del genio que aunque encerrado en el círculo de las leyes literarias, rompe esas cadenas para mostrarse nítido y terso en toda la sublimidad de su sér transformado en bello ideal. Es ese mismo genio que produce espontáneo esa belleza de formas que á miles brotan de la mente privilegiada del artista.

Quien así produce tales manifestaciones, ha debido tener un instante de recojimiento intelectual, de contemplación y éxtasis: ha debido ver realmente en su escitada imaginación suceder los hechos que va á describir, y observarlos y sentirlos íntimamente para manifestar despues en el máximum de esa tensión nerviosa, bajo la forma del verso, las impresiones anímicas de una realidad que él mismo creó.

Hay en la última producción de la poetisa Pe-

liza de Sagasta, bellezas indescriptibles; bellezas que para el *profanum vulgus* de quien habla Schelling, pasan desapercibidas y que comprenden y aprecian en toda su magnificencia aquellos que educan y perfeccionan su espíritu en lo ideal y en lo estético.

.

Los húmedos vapores de la noche
No vendrán á jugar en tu cabeza;
Y esas yerbas marinas que tú adoras
No alfombrarán tu pié con su maleza.

Cuánta morbidez y perfume hay en esta estrofa! Metastasio no desdeñaría llamar suyos esos versos.

Una condición necesaria de la belleza, dice Spencer, es el contraste; para obtener un efecto estético, precisa alternar la luz con la sombra, los colores muy vivos con los sombríos, y en la poesía el cambio del metro hecho con inteligencia produce un magnífico efecto.

Todo esto con oportunidad se encuentra en el *César*, creación que confirma una vez más que Josefina Pelliza de Sagasta ocupa en el Parnaso Argentino un distinguido puesto, y entre las mujeres americanas que rinden culto á las Musas uno de los primeros.

F. R.

De «La Patria Argentina»



C a r t a

Señora Josefina Pelliza de Sagasta.

De mi distincion:

Presente.

Señora :

Los *Lirios*, han saturado mi espíritu con sus aromas, tan frescos y deliciosos, que mientras complacido los aspiraba, el corazón latía con el dulce contentamiento de otros días, cuando ninguna pena retardaba mi paso sobre las sendas siempre floridas de las campiñas de mi *tier-ra*.¹

Apartado de ella, he encontrado los *Lirios*, que si no han brotado bajo su cielo hermoso, con el riego de sus murmurantes rios, en su benigno suelo, vinieron á la vida en sitio igual, allá en la zona mas espléndida de la naturaleza argentina, donde auras propicias besaron sus cálices, donde los sentimientos poéticos de vd. se agitaron al rumor de todas las pasiones nobles, y donde tendiendo el ála de su inspiración buscó el rumbo de las alturas infinitas, patria comun de las almas superiores, como ave que alza el vuelo al mágico impulso de fuerzas que la levantan y arrebatan á regiones desconocidas.

¹ Provincia de Corrientes.

Gracias entonces dos veces por ellos: lugares queridos: la pureza de sus perfumes y la luz que abrillanta sus hojas, he podido admirar de cerca.

Del mérito literario de tan precioso ramillete, ¿qué podría decirle? Sé de libros que nunca se acaban de leer: el suyo es uno de ellos.

¿Por qué?

Porque cuando los ojos han leído la última de sus páginas y la mente apodérase del pensamiento en toda amplitud, surge una corriente simpática que misteriosamente establece relación armónica entre la obra que se cierra, pero deja impresas sus huellas luminosas en la cabeza, y los recuerdos que evoca y el sentimiento que nace, de la propia manera que la vibración musical sigue embelesando todavía después de la propagación del sonido.

Su lira fecunda tiene acordes delicados para cada linaje de sentimientos, notas melódicas para todas las modificaciones de la naturaleza íntima del ser, y por eso, esas voces que, arrullando el oído, se desprenden de las hojas de los *Lirios*, son ecos tiernos de los que su númen canta en horas de entusiasmos inefables.

Así pues, y como un hecho de observación sentido por un lector poco preparado, pero capaz de sensibilizarse ante la magnificencia de

obras del género de la suya, recuerdo, á propósito de los *Lirios*, que las reglas de la poética, destinadas mas á demarcar derroteros en los primeros pasos que á descubrir horizontes, nunca deben obligar demasiado, al estremo de abatir una concepción feliz ó de deprimir una forma atrevida, hija de la espontaneidad, porque cuando luces brillantes se apocan en el cerebro, su crecimiento é irradiaciones no deben ser esclavas de un molde estrecho que los extinguiría

Entonces, y conteniendo cada una de las hojas de los *Lirios*, una aspiración de su alma, lejos de ser ellas «hojas sin arte», como vd. los llama, encarnan, con rica vestidura, los ideales supremos de un espíritu privilegiado.

Besa su mano—

J. J. Silva.



Señora:

He leído sus *Lirios*, el *Inmortal* y el *César*, que su esquisita galantería puso en mis manos.

No haré de ellos un juicio crítico: mi insuficiencia, que en este momento lamento mas que nunca, me lo impide.

No le enviaré tampoco un aplauso, que si llegara á vd., se perdería en el coro de admira-

ción que su númen, fecundo en concepciones hermosas, ha levantado en torno suyo.

Permítame, empero, significarle la impresión que han dejado en mi espíritu.

He visto, señora, en los *Lirios*, reflejos luminosos, auroras de alegría y crepúsculos de tristeza; vaguedades de ensueños que rozan su frente inspirada, manifestaciones de sentimientos generosos y palabras de entusiasmo y estímulo: saturado todo por las ternezas de una mujer emocionada por sus bellos ideales.

Son flores silvestres si se quiere, pero flores que han embalsamado su corazón delicado, y que han sido arrojadas en la forma correcta del arte.

Muchas veces he contemplado en los campos de mi patria¹, enredaderas silvestres adormidas por los cantares de nerviosos pajarillos; su perfume no ha igualado al de los *Lirios*: es que estos, al propio tiempo, que retratan la naturaleza con sus colores deslumbrantes y sus armoniosos murmullos, están impregnados de la más esquisita poesía.

Su estro ha nacido á la reverberación de nuestros horizontes, llenos de claros celages que engendran en el ser aspiraciones misteriosas,

1 Provincia de Corrientes.

y á la sombra de nuestras selvas, donde suenan voces secretas que nos alejan de la lucha y nos convidan al silencio.

Esa es la patria de su fantasía, que ha exhalado versos saturados de encanto, no solo cuando ha sido herida por el espectáculo de la naturaleza, sino tambien cuando ha sido impresionada por una verdad de la ciencia ó por una palabra del arte.

La leyenda con sus mitos, el amor con sus melancolías y delirios, templaron tambien una cuerda de su lira, y entonces el *César* y el *Inmortal* despertaron á la luz.

Dichosos de ellos que no tendrán noche!

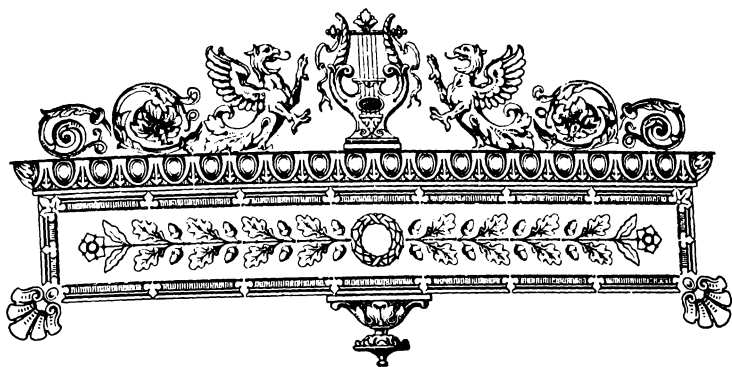
.

Su admirador—

A. Ferreira.



Pasionarias



El Siglo XIX

AL empuje gigante del progreso
Alzó su talla soberana el siglo
Y sacudiendo el peso,
Que amontonára el tiempo en su cabeza,
Desplegó al viento la primera bandera,
Y uniendo las distancias de la tierra
Del hélice al vapor como dos alas,
Encadenó á sus plantas el desierto
Con sus razas indómitas y malas.

El siglo estremecido
Abrió entónce sus brazos,
Vió dos mundos unidos :
El mundo de Colón y el viejo mundo
Que alzaban coronada su cabeza :
América, la vírgen con sus selvas ;
Europa, con su industria y su grandeza

El cable submarino,
Bajo las aguas de la mar tendido,
Abrió bajo las aguas un camino.
Adelante ! Adelante ! fué el hossanna
Que alzó la humanidad en su victoria,
Y con júbilo santo oyó asombrada
De una á la otra distancia de la tierra
El eco que el telégrafo trasmite
Y en sus hilos eléctricos encierra.

Y la enorme distancia
Cayó vencida al pié de aquel coloso,
Que alzó con arrogancia
Su frente emblanquecida, ya caduca,
Para traer de otros mundos
Con la luz colosal del pensamiento,
Con la fuerza sublime de la ciencia,
El acento del padre y del hermano,
El ruido universal de la existencia.

El pensamiento humano
En sus giros audaces de esperanza,
Creó el arte soberano
Que en este siglo realizar se viera,
Maravillosa creación de muerte
Que suena en el fragor de la batalla ;
Espanto del soldado
Que se lanza á la brecha del combate
Y sucumbe á los golpes de metralla.

El pensamiento humano,
Cruzando desde un polo al otro polo
En su infinito vuelo soberano
Alzó la pátria en sus gloriosas alas,
Y así, salvando la primer jornada,

La colocó á la altura
De la cumbre radiosa,
En que despliega el águila su vuelo
Y donde el cóndor con su frente roza.

Es que el genio fecundo
De sus hijos más ínclitos la alzaron ;
Y ese anhelo profundo
Que late en las entrañas de este siglo,
Que ilumina el cerebro
Con el rayo creador de las ideas,
Llevóla al foco del ideal sublime,
Y al resonar su paso abrió horizontes
Donde hoy su huella la labor imprime.

Mirad allá! En la extensión vacía
Donde el casco tan solo
Del bruto americano se sentía,
Hoy se alza una comarca de colonos ;
Y en la línea distante
Donde el salvaje su botín guardaba,
Hoy cruza como un lampo
El silbato del *tren* sobre la Pampa,
Dejando en el trayecto de su paso
El rastro hermoso que el progreso estampa!

Ahí la teneis : República Argentina
Ondeando al aire, libre su bandera,
Pisando está sobre la vieja ruina,
Mientras sonriente la caduca Europa
A contemplarla con amor se inclina!

El siglo se estremece
Ante la voz del tiempo que le dice :
Titán de las edades, corre, vence !

Y el siglo se adelanta, alza la frente
Para escuchar la aclamación del mundo
Que del confin del Norte al Sud le grita
Con la voz del aliento y la esperanza :
Adelante ! adelante !
No caiga el estandarte de tu mano
Lábaro santo que el progreso enalza !

El siglo se estremece
Con temblores de orgullo sobrehumano,
Mientras el porvenir radiante crece
Remontando su vuelo al infinito,
Como cóndor que siente
El valor de sus fuerzas en si mismo ;
Y con gritos de triunfo y de victoria
Hiende las aéreas nubes
Y se eleva del fondo del abismo !...

El siglo diez y nueve alza la frente
Para contarle al asombrado mundo,
Aquel afán ardiente
Que lleva en sus entrañas escondido,
Aquel afán intenso
Que le grita : adelante !
De uno al otro confin del universo.

Es el fuego sagrado
Que en la frente del hombre Dios pusiera ;
Es el rayo lanzado
En alas de la idea y de la industria ;
Es la luz que ilumina de los tiempos
El abismo profundo ;
Es el brillo del arte y de las ciencias :
¡ Progreso colosal del nuevo mundo !



Recuerdo

A mi querido amigo el Dr. Julio Fonrouge

NO has olvidado, amigo,
 El hogar de mis padres, que era el tuyo,
 El hogar de tus padres, que era el mio?

¡Cómo viene á la mente
 De ese cuadro infantil, las alegrías
 De los pasados días,
 Cuando mi madre amada
 Nuestras frentes juntaba
 Y en tu frente y la mía
 Sus ósculos purísimos dejaba!
 Cuando tu madre hermosa,
 Mirando nuestros juegos, sonreía
 E iba á contar gozosa
 La franca algarabía
 Que cual dos pajaritos,
 Alzábamos cantando .
 Al pie de aquel granado
 Que en rojos copos perfumado abría!
 Esas tardes de estío,
 Esas frescas mañanas, primaveras
 Que cruzaron ligeras
 Como cruzan las ondas del gran rio!...
 Allá de entre el jardín bajo las rosas,
 Como dos mariposas,
 Veo el cuadro y los niños

Que á modular ensayan
Las primeras palabras,
Los dulces balbuceos
Que en cándidos gorjeos
Nos muestran la belleza
De la gracia que empieza
Con espresiones vagas y deseos.
Me parece que veo
Allá en la tarde fresca del otoño,
Cuando la vid frondosa y el paraíso
Secando van á prisa
Su pasado retoño,
A tu madre y la mía
En amistosa plática, sentadas
En la silla pajiza,
Cual de Sain Piérre la Margarita bella
Y cual la tierna madre de Virginia
Haciendo la labor para sus hijos
Con afanes prolijos ;
Mirando nuestros juegos y alegrías,
Quizá pensado en los remotos días
Del porvenir incierto
Que en pájinas inéditas
El libro de la vida nos guardaba
En los jiros variados del destino
Que señala el camino
De la lucha sin fin del pensamiento.
Llenas de mansedumbre
En su sencilla fórmula de vida
Donde la paz convida
A vivir sosegada,
Libre de los cuidados
Con que rodea el mundo la existencia
Bajo los muros del hogar dichoso
Entre castos amores é inocencia.

¡ Cuánta vez ví á mi madre
 Envuelta por los rayos del poniente,
 Que bañaban su frente,
 Como baña la aurora esplendorosa,
 Con sus dedos magníficos de rosa,
 La blanca espuma del audaz torrente !...
 Como una aureola de infinita lumbre
 Que baja de los cielos,
 Aquella luz de rayo circuía
 Su cabeza bendita de *madonna*
 Y algo supremo entre su luz veía,
 Que clara me decía :
 « Esa es de la virtud blanca corona »

.

Cuántas veces unidos,
 Allá en la noche cuando todo brilla,
 Dejábamos la silla,
 Donde en torno la lumbre
 De algún leño encendido,
 Lugar había tenido
 Nuestro festín humilde,
 La merienda modesta
 Bendecida por Dios y nuestros padres,
 Y los cielos inmensos por cubierta !
 Cuántas veces, decía,
 Allá, en la hora en que la luna brilla,
 Dejábamos la silla
 De la modesta cena,
 Y en la espesura humbría
 Tras la fátua luciérnaga
 Corriendo fatigados,
 Buscábamos reposo
 Bajo *aquellos naranjos* perfumados.

Entonces nuestros padres —
Viejos guerreros que á la lucha fueron
Y que siempre vencieron —
A la lumbre bendita
Del hogar encendido,
Recordaban hazañas,
Contaban sus campañas
Con ese ardor que el entusiasmo exita.
Recuerdas? Azorados,
Vencidos por el sueño
El relato paterno lo escuchábamos,
Para soñar despues, horrible empeño!
Con hadas y soldados,
Con ogros y gigantes,
Con magas y con reyes destronados.
Así viene á la mente, del recuerdo
La imagen luminosa
Para llenar el corazón de duelo,
Porque todo, perdido,
Lo sepultó el olvido,
Y solo en nuestras almas, buen hermano,
Vivirá esa memoria
Como en la flor la esencia,
Que no se olvidan los felices dias
De la infantil historia
Que tan dichosa hicieron la éxistencia

.
Hoy nuestro hogar cambiado,
Nuestros mismos afectos, renovados!
Volvemos á empezar . . .
Tú en la lucha constante del trabajo,
Yo en la eterna batalla de la idea;
Tras un rumbo de aliento
Hallamos la esperanza,

Que á realizar alcanza
Cuanto de grande encierra el pensamiento.
Nos falta aquel hogar caído en ruinas
Pero nos sobra del amor la gloria;
Entonces de ese prólogo guardemos
La página indeleble de la historia,
Y siguiendo el epílogo, avancemos
Arrullada la fe, y llena el alma
De caricias y amores:
Tú entre el cariño de tu esposa é hijos
Yo de mi hogar entre las niveas flores.

Sé feliz! sé feliz! ese es el coro
Que levanta mi voz en este día,
Todo en torno respira la ventura,
Todo en torno respira la alegría:
Sobre la frente de tu esposa bella,
Sobre la frente de tus hijos pura!



Sollozo

AYER crucé el sendero
De un pobre cementerio abandonado ;
Ah! qué tristeza en todo !
Las cruces derribadas
Yacían sin coronas por el lodo ;
Las piedras de las tumbas,
El musgo las cubría
Y apenas una luz, allá en los nichos,

Como una estrella moribunda ardía.

La huella de los hombres
No cruzaba ya el campo de los muertos,
Perdido estaba el rastro
Sobre la yerba, que goteaba apenas
Las perlas del rocío.— Como un astro
Alguna flor se alzaba del sepulcro
Con el lívido tinte del sudario ;
Otras flores también entristecidas
Surjian de los bordes del osario.
Crucé sobre la ortiga amarillenta
Hollando apenas con mi pié la tierra,
Apartando las cruces y las piedras
Que estorbaban mi paso,
Ocultas en las hojas de las yedras.
Ah ! parecía que al cruzar mi planta
Sobre el triste sendero,
La grama se doblaba murmurando
Un cántico de lágrimas severo.

Y doblé mi rodilla, entristecida,
Ante la blanca losa
De una tumba olvidada ;
Ah ! dije, alzando al cielo mi plegaria
En lágrimas bañada :
¡ Esta es, Dios mio, la miseria humana !
Aquí está la belleza y la fortuna !
¡ Aquí yacen las glorias de la vida
« Que en polvo vil se trocarán mañana ! »
Y una lágrima mía
Cayó sobre la tumba solitaria,
Rodó al pié de la cruz, medio vencida,
Que guardaba la losa
Bajo las ramas del ciprés escondida ;

No te evapores, dije á mi lágrima
 Que te guarde la grieta de esa piedra
 Como guarda las gotas del rocío
 Entre sus guías la sombría hiedra.

Y alzando al cielo mi mortal sollozo
 Templado en el dolor sin esperanza,
 Levanté con mi voz una honda queja
 Ante aquella verdad que á todo alcanza!



La ilusión y la verdad

ADÓNDE vas por el mundo
 Tan tristemente llorando?
 ¿A qué rumbo caminando
 Vas en tu dolor profundo?

¿Qué buscas sobre la tierra?
 ¿Qué esperas del mundo vano?
 — Buscando voy siempre, hermano,
 La ilusión que el alma encierra....

—¿Y creíste infeliz hallarla
 En este mundo perverso?
 —Era mi afán tan intenso
 Que creí, hermano, encontrarla.

Ayer crucé este camino
 Tras un fantasma corriendo,

Y hoy vuelvo, hermano, sufriendo
La amarga ley del destino....

Desconocieron de mi alma
Su cariño más profundo!...
Tan solo hallé sobre el mundo
La fe perdida y la calma....

Hay arrugas en mi frente
Y mi cabello está cano:
Miradme, miradme hermano,
No soy ya niña inocente.

— Si, traes señales de duelo
Y hay lágrimas en tus ojos.

— Ay! hermano, solo abrojos
Holló mi pie sobre el suelo.

— Ya no hay risas en tu boca
Y está pálida tu frente....

— Mi alma vaga tristemente
Y hace llorar cuanto toca.

— Estoy cansada de andar
Tan larga y triste jornada!

— Si eras niña en la alborada
Cuando te he visto pasar....

Me pareciste una flor
De virginal ambrosía,
Y hoy vuelves pálida y fría,
Sin aroma y sin color.

Inclinó la adolescente,
Su cabeza casta y pura,

Y una gota de amargura
Corrió por su faz ardiente.

Ah! dijo, tanto he llorado
Que está mi pupila rota,
Ni una chispa leve brota
De este volcán apagado.

Traigo en el alma una herida,
Copioso llanto en los ojos :
No quedan ya ni despojos
De aquella ilusión querida....

He andado tanto ya, tanto,
Que se ha cansado mi pié....
¿ Dónde encontraré la fe
Que me arrancó el desencanto !

La he buscado en el anhelo
De una esperanza adorada:
Era mi ilusión soñada,
La sola luz de mi cielo !

¿ Dónde hallaré la esperanza
Que en mi alma inocente había ?
— Ay ! hija mía, hija mía,
Mírala allá en lontananza.

—¿ En qué parte, hermano, dónde
Se abre esa puerta escondida ?
— Esa puerta es de una vida
Que aún á tus ojos se esconde.

—¿ Y á qué parte de este mundo,
Decidme, guía esa puerta ?

—Siempre, hija mía, está abierta
En un silencio profundo.

—Entónce esa puerta, hermano,
Está abierta eternamente ?

—Hija del alma ! es la muerte
Que te lleva de la mano !

—Solo allí está la esperanza
Del reposo de la vida ?

—Esa es la puerta escondida
Donde la dicha se alcanza !

Allí, no llega ni el llanto,
Ni el aspid de los dolores,
Ni hieren allí las flores
Con ayes de desencanto.



Dobles

—

DOBLES, dobles ! Qué triste es el jemido
De esa campana que llorando está ;
Es una voz que desolada y hueca
De tumba en tumba sollozando vá.

Es voz de muerto, cavernosa y fría
Que estremece de duelo el corazón ;
Rueda sobre las flores del sepulcro
Y se hunde entre las grietas del panteon.

Se pierde como el éco de otros mundos
Y vuelve triste vibración á dar ;
Recorre el templo, la desierta nave,
Y al pie resuena del sagrado altar.

Allá en la cruz de la elevada torre,
Sobre el blanqueado campanario, está
Una ave negra, que se queja y llora
A cada triste vibración que dá.

Oh ! qué tristeza !... el corazón se oprime,
Todo al espanto del dolor se agranda ;
Parécenme fantasmas los cipreses
Que sobre el mármol de las tumbas andan.

Y tengo miedo !... el sepulcral redoble
Parece que las sombras alineára,
Y que en el seno de los tristes nichos
El suspiro de un alma se anidára.

Es una procesión de sombras vagas
Que al compás de los dobles van marchando ;
Son gigantes que pueblan el vacío
Y van las nieblas del abismo alzando.

Ah ! qué triste este sitio !... esa campana !
Las cruces, los sepulcros, todo llora !...
El ave de la torre... hasta las flores
Que se entreabren al beso de la aurora !

Hay un suave balance entre el follaje
De las *tuyas* que inclinan su cabeza,
Y en el reposo eterno de las tumbas
Hay un sello supremo de belleza.

Ya no tengo terror !... cesó el lamento,

El lúgubre gemir de esa campana ;
Nada interrumpe el tétrico silencio
De la verdad de la existencia humana !

Viene subiendo, tras espesas nubes,
La blanca luna y la brillante estrella,
En cada cruz del cementerio, un rayo
Quiebra su lumbre cariñosa y bella.

Baña al pasar, con resplandores suáves,
Las bóvedas, la torre, el campanario ;
Ella ilumina, silenciosa y muda,
El soberbio sepulcro y el osario.

Todo es silencio... el ave no se queja,
Cesó con la campana su sollozo ;
La brisa ápenas un rumor levanta
Que no interrumpe el funeral reposo.

Rumor de álas, de armonías vagas
Se escuchan susurrar en la espesura,
Y una forma, un vapor, un ángel triste
Se inclina sobre cada sepultura.

Son ángeles que bajan de los cielos,
Por permisión de Dios sobre la tierra ;
Son ángeles que lloran y se quejan
Sobre la tumba que su amor encierra!

Así también cuando mi alma triste,
Cansada de este mundo, alce su vuelo,
En forma de estos ángeles que lloran,
Vendré á velar tu sueño desde el cielo !



Consuelo

A J.

ESCÚCHAME una vez, oye el acento
Que desde el fondo de mi pecho te habla,
Para que sepas que en el mundo triste
Amarrada al dolor vá la esperanza.

Yo te hablo con la voz de la esperiencia,
De esa miseria de la vida humana,
Porque se que el dolor nunca es eterno,
Y todo empieza donde todo acaba.

Cruzará el tiempo y con su lenta marcha
Se cerrará la herida de tu alma ;
Sí, porque todo sobre el mundo pasa
Para alzarse de nuevo otro *fantasma*.

Yo sé que un día olvidarás la pena
Que hoy á tu vida sin piedad se amarra ;
Mira que todo en la existencia humana
Las negras álas del olvido guardan !

Llora infeliz ! sí, llora, que mañana
Ay ! ya tal vez no encontrarás más lágrimas,
Y aquel encanto de tu amor primero
Solo será el recuerdo de la nada !...

Nada, nada ! es la única palabra
De la sola verdad que el mundo guarda :

Ella hasta el borde de la tumba llega
Y nos envuelve al fin en su coraza.

Llora, amigo infeliz ! tal vez mañana
Seca ya en tu pupila esté la lágrima ;
Ah ! yo te digo que el dolor no mata,
Aunque su golpe despedace el alma !...

Cuando ya estalla el corazón vencido
Por el dolor de nuestra suerte ingrata,
Todo lo hallamos en la vida extraño,
Todo parece que en la vida acaba ;

Se quiebra la ilusión, nada se espera,
Nos duele solo la cansada planta,
Creemos llevar el corazón vacío
Y desgarrada de tristeza el alma ;

Más, ay ! mentira de la vida es todo,
No son eternas del dolor las lágrimas
Y donde el cráter de amargura ruje,
Suele alzarse otra vez una esperanza !



Muerta!

—

SE oscureció mi vida en la tiniebla !
Sentí como si el mundo vacilara,
Y me erguí, cual se yergue la serpiente
Que frio hierro mata.

Entreabrí la ventana : no hallé cielo ;
 Volví los ojos : no encontré la tierra ;
 Palpé bajo el sepulcro de mi pecho
 Y me ericé de frío : estaba muerta ! . . .



Tu canto

A LA SEÑORITA CELIA MELIAN LAPINUR

¡O son el ruido
 Que hacen las álas
 Del genio de la gloria, que coloca
 Sobre tu frente la inmortal guirnalda!

G. Mendes.

No rozas en el cieno de la tierra
 Cuando las notas de tu canto exhalas ;
 No vives en el mundo, porque te alzas
 Entre los jiros de tus blancas álas !

Asciende, asciende, que el espacio es tuyo
 Y sube entre el aplauso de la gloria
 La blanca aureola de los astros toca
 Sin que bajas tu planta hasta la escoria.

Todo lo puedes tú ! raudal brillante
 Llevas en tu garganta melodiosa,
 Hollas la gloria con tus pies y tienes
 Frente de artista y de mujer hermosa !

En tu mirada, sobrehumana, grande,
Brilla un poema que tú sola sabes . . .
Hay luz de mundos que ilumina el alma
Con lampos tiernos y bislumbres suaves.

Has dejado en mi espíritu la nota
De tu voz inspirada, como deja,
El sol en el espacio sus vislumbres
Cuando en los cielos su esplendor refleja.

Has dejado en mi alma la armonía,
De tu canto de alondra enamorada,
Como dejan los astros en la noche
Su blanquísima estela iluminada.

Toma, pues, esta flor de mi corona
Arrancada á lo íntimo de mi alma:
Roza tu frente, niña, con su aroma;
Préndela, artista, á tu gloriosa palma!



La columna

QUIERES luchar? yo no caeré postrada
Ante la fuerza de la fuerza extraña;
Ah! no caeré, porque en el alma llevo
El fuego colosal de la batalla!

Es mio el triunfo: no caeré vencida
Ante el empuje de la fuerza agena!
Atrás coloso! ante mi pié rendido
Inclinarás, temblando, tu cabeza.

Revuélvete rugiendo de amargura,
 Rugiendo de dolor y de impotencia!
 Para doblar la garra de las fieras
 Basta una arma sagrada: la inocencia!



Nada!

SER y no ¡ser! Miseria deleznable
 Que en polvo nos convierte en la *jornada!*
 Para volverse polvo haber nacido....
 Oh! miserable condición humana!!



Paisaje!

FRAGMENTO

ETERNA soledad! La virgen selva
 Mueve apenas sus juncos,
 Sus *achiras* de espesos *matorrales*,
 Sus grupos de *maleza*,
 Donde el viento murmura,

Y mueve con sus alas la cabeza
De los viejos *zarzales*.

Todo en reposo está: solo se escucha
El ruido de las *cañas* en la orilla,
Y el grito del salvaje que recorre
La desierta llanura,
Tras el paso furtivo de la gama;
Habitante jentil de la espesura.

Las aguas, perfumadas
Con flores de magnolias tropicales,
Besan con sus espumas á la indijena
Que trisca como un pez de la laguna
Y bebe en los mariscos de la costa
El rocío brillante de la luna!

Todo en reposo está! El indio solo
Medita taciturno un pensamiento...
Ha sentido un rumor extraño y vago
Que pasa en álas del templado viento;
Ha sentido un rumor que cruza leve
Sobre el verde *juncal* de la ribera
Y algo como una voz que jime y dice;
«*La esclavitud del español te espera!*»



X

—

.
 No olvides hay! que en la existencia todo
 Como una onda de los vientos, pasa;
 Que es humo la ilusión y los halagos
 Y que los triunfos y la gloria es nada!

Margarita.

Yo sé que llegará lejano día
 En que vuelvas á mí entera el alma,
 Para buscar la última esperanza
 Que ni la misma ingratitud arranca.

Yo sé que llegará cercano día
 Que me busque en el mundo tu mirada,
 Y que tú débil corazón ingrato
 Derrame en las tinieblas una lágrima.

Yo sé que te recuerdas sollozando
 Cuando la sombra del pasado se alza,
 Y el miserable corazón que alientas
 Como en un grito de dolor estalla.

Y he sentido tu voz, como un sollozo,
 Que en el insomnio de la noche me habla,
 Como habla el criminal á su conciencia
 Cuando la voz de la justicia clama.

Sientes ¡ay! la vergüenza, y humillada
 Escondes la cabeza entre tus palmas
 Ah! nunca, nunca, compasión me pidas

Tu que me has roto sin piedad el alma!...

No vuelvas á cruzarte en el sendero
 Por donde el surco de mi planta avanza;
 Ah! no quisiera sobre el mundo verte
 Llevando sobre el rostro *esa* coraza.

No quisiera encontrarte en mi camino,
 Aléjate de mí: aparta! aparta!
 Como ha sido mi afecto es mi desprecio
 Y huyo del roce de tu mano ingrata.



Mi nido



Lo mismo que sumerje la gaviota
 Sus alas en la espuma,
 Lo mismo está mi hogar envuelto en flores
 Sumerjido entre azahares
 Como un nido purísimo de amores.

Cuando raya la aurora y abre el día
 Con luz de primavera,
 Bebo el perfume en ondas de frescura:
 Siento nacer caricias, siento anhelos
 Y vivo al rayo de la luz mas pura.

Cuántas bellezas en la vírgen selva
 Descubre la mirada:

El reflejo del cielo que se quiebra
En las hojas unidas
De la fresca glicina y de la hiedra.

El canto religioso de las aves
Que saludan al astro en la mañana,
El himno de las hojas y las flores,
Las gotas del rocío,
Sorprendidas del sol en sus amores.

El ala de la amante golondrina
Que despierta mi sueño,
Que llama en el cristal de mis balcones,
Para contarme en algazara estraña,
La historia de sus puras ilusiones.

Todo lo que se mueve y que palpita
En torno de mi nido,
Tiene ese sello enorme de belleza
Que la forma del arte ha destrozado
Y la mano del hombre ha prostituido.

Ah! yo amo el aire libre, mis aromas,
Mis rosales floridos,
Los caminos de boje sin aliño,
La forma del capricho en los arbustos,
Y en las ramas meciéndose los nidos!

La flor silvestre que abre sobre el prado
Y la estrella en el cielo,
Todo lo que hizo Dios, tiene aquel sello
Que al hombre le arrebató,
Y que es la imagen de lo grande y bello.

Por eso yo sonrío en el silencio

De mi *Edén* solitario,
Donde nadie se atreve á hacer pedazos
De mis plantas salvajes los retoños
Que guardan mil idilios en sus brazos.

Solo el que me ama hasta mi hogar se llega
Y traspone el dintel;
La falsía del mundo allí no alcanza,
Ni el ruido de la vida vá á turbarme
Donde su luz mi pensamiento lanza.



América

AYER en la corona brillaba de la España,
Hoy brilla independiente en órbita de sol,
Su foco luminoso derrama en el Oriente
Y marcha coronada de vívido arbol!
América la indígena, América la bella
Lleva en su entraña vírgen, una hija de su amor;
La amamantó la España con sangre de sus leones
Y le llamó orgullosa, heroína del valor!...
Es una flor gigante abierta entre los bosques
Que bordan las riberas del Plata y Paraná:
Es la Argentina patria, orgullo de sus hijos
Cuna de la hidalguía, donde el valor está.



La novia

Á MERCEDES BAYLEY

QUÉ bella estás con tu cendal de novia
Envuelta en ondas de crespón y azahar!
¡ Qué bella estás, estremecida y roja,
Al pié, temblando, del sagrado altar!

La forma ideal de la ilusión más pura
En tí realza el virginal candor,
Se oye latir tu corazón de arcángel,
Cubre tu frente virginal rubor.

Qué linda estás! La luz de la mirada,
Bajo el arco sombrío de tus cejas,
Tiene el tinte feliz de una esperanza
Que sin quererlo, en tu espresión reflejas.

En vano ocultas.... La emoción te vende,
Trémula estás como la blanca rosa;
El tul y el raso se estremecen leves,
Mientras se esciende tu mejilla hermosa.

Crujen las blondas y la seda ondula....
Trémula vás y palpitante así:
Una leve sonrisa sobre el lábio,
Y un suspiro en tu boca carmesí.

Y un rayo, un esplendor en la mirada,
Que se oculta temblando de pudor....

El andar perezoso, ya rendido
Ante el grito sublime del amor.



Invocacion



ALZATE, soberano de la gloria,
Ante el grito de amor que te reclama,
Para acallar la lucha fratricida
Que en cada pecho de argentino brama,

Sombra de Rivadavia ! ilustre sombra,
Desde el azul del firmamento baja
Para acallar el ruido del combate
Con que tal vez redoblarán mañana !

Sombra de Rivadavia ! oye el sollozo
Que desde el seno de la madre se alza,
Y no permitas que la azul bandera
El mismo acero de tus hijos parta....

Ah ! no permitas que la enseña hermosa
Que tremoló de Maypo en la batalla,
Apague sus colores en el humo
Donde el hermano á sus hermanos mata.

Sombra de Rivadavia ! augusta sombra,
Desciende sobre el pueblo que te aclama,
Y dale en pago de su culto inmenso
El sopro poderoso de tu alma !

Estos versos fueron escritos dias antes de la heróica defensa del 8o, en Buenos Aires.



Orgullo

QUÉ soberbia de león! En su cabeza
La sombra de un orgullo sobrehumano;
En sus ojos, dos soles;
Y en todo el continente
Esa suprema dignidad esculpida
De su orgullo de raza soberano!
Deslumbraba su frente ennoblecida
Como deslumbra el sol en la mañana;
Su mirada de candor abrasaba,
Como abrasa la luz á la colina;
Pupila gigantea
Que el ultraje encendía,
Como enciende en el astro
La luz que en la tormenta centellea!
Trasformado, grandioso
En esa noble irritación, le veía
Gigante en el dolor, estremecido
Como un coloso herido
Sin doblegar su poderosa frente!
Y yo también sentía
De ese golpe el encono .
Con que su noble corazón herían;
También mi corazón despedazaba
La tristeza del suyo;
También inquieto como un mar rujía,
Y en su sublime admiración partía
El arranque sagrado de su orgullo.
Como un golpe certero
Anonadaba su altivez severa,
Temple de hierro; espíritu de acero!...

Donde la estatua del orgullo fiero
De aquel molde salido
El genio del artista más austero,
Sobre bronce inmortal hubo fundido !
Oh ! qué noble visión ! sobre su rostro
Y su frente sombría,
Cruzarse parecía
Girón de tempestad con luz de rayo !
Y en la sorda tiniebla
En que abismaba la perdida calma,
Resplandecía su alma
Como un lucero entre la opaca niebla !



Cantos

.....



R a m i r a

—

I

COMO un joven rosal que abre sus flores
Ramira la inocente campesina,
Casta flor, que ignoraba.
Las innobles pasiones, los amores
Que hacen sangrar al corazón temprano,
Sus mejillas purísimas abría
Como rosas de fuego en la mañana
Que al soplo de soplo auras se desatan
En colores magníficos de grana !
En su nevado cuello,
Que la pluma del cisne envidiaría,
Como una nube blanca
De albos jazmines el color tenía ;
Como tiene la aurora,
Como tiene el naciente
El beso de la luz, con que abre y dora
De los claveles el botón ardiente !

En los pliegues lijeros del vestido
Con que ceñía su gentil figura,
El negro pelo en espiral caído

Cubria su levisima cintura
Como un manto sutil allí prendido !

El sol de la mañana en su carrera
Al mirarla pasar se detenía,
Y en el tibio destello
De su lumbre primera
En un foco de luces la envolvía ;
Mientras el fuego de sus negros ojos
Robaba con su beso más ardiente,
Y en la cereza de sus labios rojos
Encendía las nubes de su frente.

Esas rosas de fuego, que rompían
Los copos de la nieve en su mejilla,
Cual frutos en sazón claro decían
La paz, el bienestar, su alma sencilla
De singular belleza ;
Sus contornos de diosa
Entre una red de celestial pureza :
En su voz algo había
Del gorgceo canoro de las aves,
De la amante paloma, el blando arrullo,
De la silvestre flor la poesía,
Y una fresca alborada de alegría
De su sonrisa en el jentil capullo.
Nunca su frente bella
Ni su abundosa y negra cabellera
Conoció otra corona, ni más gala
Que la rústica flor de la pradera ;
Ni tuvo otros zarcillos sus orejas
Sonrosadas y breves,
Que aquellas florecillas, blancas, leves
Que crecen á la márgen del arroyo,
Que unas son sin color, otras vermejas

Como gotas de sangre . . .
De cuyo caliz, el panal fragante
Llevan á la colmena las abejas!

Eran aquellas flores solamente
La diadema más rica y más preciada
Que adornaba su frente ;
Y como su corazón nada sabía
Y ajena estaba en su ignorancia á todo,
Amaba las doradas vinagrillas
Que sentaban tan bien á sus mejillas
De arreboles rosados,
Como sientan los aros esmaltados
En brillante matiz y pedrerías !
Algo de pastoril, algo de aldeana
En esa bella campesina había,
Y un olor incitante de manzana
Sobre su carne mórbida tenía
Que á mirarla tentaba,
Como tienta en las ramas
La grocella madura,
O como tienta entre la verde grama
La flor de la borraja fresca y pura.

Era como un fulgor vivo, rosado,
Una aurora naciente,
Como un rayo de luz en primavera
Con su negra y risada cabellera
Que encerraba en un marco su ancha frente:
Tenía así, al mirarla un airecillo
De tanta complacencia,
Que mas bien parecía
La plácida visión de la inocencia ;
Un blanco corderillo

Que retoza entre flores
 Sin sospecha de mal, porque no sabe
 Lo que ignora tambien su hermana el ave
 Que al lado del placer, hay los dolores!
 Si sonreía, la gracia de su boca
 Enseñaba este encanto, esta delicia :
 Dos oyitos rosados, que sin duda
 Fueron de un ángel la primer caricia! . . .
 El alveolo brillante de su ensía
 Mostraba claramente
 El color de rubí, que fresco tuia
 Y engarzaba la nacar de sus dientes
 En un cinto de fina pedrería.
 Ajena del alhago á la mentira
 Vivía indiferente
 La bella niña, la gentil Ramira,
 Sin conocer en su ignorancia agreste
 Del rico espejo la opulenta luna,
 Donde su escorzo la beldad admira
 Y su belleza la lisonja adula:

Sus formas peregrinas
 Nunca el brocato ni el tisú ciñeron,
 Jamás sus ojos de azabache negro
 De la esmeralda la faceta hirieron
 Su traje era sencillo, muselina
 Leve blanca, lijera
 Su corpiño percal, sus joyas, flores
 Unas veces, botón de enredadera,
 Otras las clavelinas de colores ! . . .
 Ella en su donosura,
 En su rústica forma y gentileza,
 Admiraba tambien de su belleza
 La línea fresca y pura ;
 Y sabía : que el mármol de Carrara

En su bloc más duro y más pulido,
Jamás había tenido
Un busto de muger como era el suyo
Ni el buril del artista
Que las gracias paganas cincelara,
Pudo jamás en su insaciable orgullo,
Dar una forma á la muger que creara
Tan acabada y bella,
Tanta hermosura y lozanía tanta
Como tenía en sus contornos, ella !
Sabía, porque el agua de la fuente
Se lo contó mil veces
En su lenguaje enamorado ardiente,
Cuando Sirena de las ondas leves
Jugaba en el cristal de la corriente
Con las blancas espumas
De la quieta laguna,
Como juegan los cisnes
Al argentado rayo de la luna ;
; Que era hermosa ! Tambien la enredadera
Ciñiéndose á sus trenzas, le decía :
Que de sus senos la blancura alpina
Solo brillaba en la alta cordillera
Que el copo de la nieve envidiaría
Si á encontrarse asertara
Con su forma de virgen estatuaria,
Y que más que á muger se parecía
A un gallardo botón de fresca rosa
Que en las verdes colinas florecía

Agena en su pureza estaba el alma
Al dolor y la dicha, que algun día
Sobre sus blancas hojas de azucena
El deleite y la pena dejaría ! . . .
Ignoraba la niña,

En su candor de virgen inocente,
Que tal vez en su frente
El albor de inocencia, se ajaría....
Por eso alegremente
Corria alborozada por los prados
Suspirando unas veces, otras riente
Tras los insectos de la noche, alados ;
Sin conocer de la existencia triste
Nada mas que el amor de aquellas aves,
Sus quejas y murmullos,
Sus armoniosos, cálidos arrullos,
Y el eterno cantar en la enramada.
¡ Brillante colibrí de mil colores !
Desde que abría en el oriente el día
Hollaba con su pie las frescas flores
Y en su fragante pétalo bebía
De la miel los dulzores
Ignoraba la niña en su descuido
Que hay un mundo de llanto y de dolores....
Mundo que solo sabe el que ha sufrido !

II

Una tarde, azorada
Bajó la cuesta y la empinada loma,
Buscando el nido del hogar paterno
Como busca su rama la paloma....
Llena de susto — trémula en congojas,
Desteñido el carmín, como las flores
Cuando besa sus hojas
El bello colibrí de mil colores ;
Temblorosa venía,
Y un aire tan turbado
En la espresión de su semblante había,
Que al verla así llegar, corriendo ansiosa,

Morirse de cansancio parecía.
¿ Era la agitación de la carrera
Lo que así la postraba
Lo que así la traía ? . . .
No que en sus negros y rasgados ojos
En el borde, perdido
En la oscura pestaña
Y hasta en la guinda de sus labios rojos,
Huellas había de un pesar sentido !
Como siente y se agita la gacela
Al huir fugás por la revuelta selva
Llevando ya su corazón herido.

En el bajo, ladera del arroyo
Al descender al llano del ribazo,
Un gallardo oficial, cortó su paso,
Y le dijo al oído
Un canto no escuchado
Y hasta entónces por ella no aprendido ;
¿ Era el rítmico acento,
La nota misteriosa
De algún dulce instrumento
Que de la selva en el follage oscuro
Lo movía en los árboles el viento ?
¿ O era tal vez en la cercana orilla
Algún triste gemido,
Gemido entre el juncal lleno de pena
Con que llamaba el genio de las ondas
A su querida, la gentil Sirena ? . . .
Primero complacida,
En una honda sensación, suspensa,
Escuchó estremecida
Aquel acento tierno, que le hablaba
De goces ignorados, de otra vida
Que ya su puro corazón ansiaba

Despues, su alma inocente
Despertada del sueño derepente,
Sintió que desbordado el sentimiento
Una llama de fuego la abrazaba,
Y que en su virgen corazón se alzaba
Como un coro de amor, aquel acento !

Él postrado á sus pies — ella inocente,
El sintiéndose amado
Con un mundo de sueños en la frente,
Tierno, audaz y tambien enamorado,
Con un poema entre sus *verdes ojos*,
Con un beso de luz en la mirada
Que bien claro decía
Tantas cosas dulcísimas, soñadas !
Ella sintió su corazón suspenso
Y que luego latía
Oyó su voz, que con amor inmenso
Suspirando á su oido le decía :
Mi palomita blanca — mi azucena ! . . .
Y que otra vez más cerca repetía
Tanta terneza con su voz doliente,
Que una bella romanza parecía
Sin calma, arrebatada la cabeza
De la bella Ramira,
Cuando le dijo al oido
Con el acento de su voz de lira,
Que á ella sola adoraba,
Que era ella su ilusión, su dulce encanto
Y que nunca en sus años juveniles
Hallára una muger que amára tanto ;
Que sintió, que perdida
La calma toda de su vida estaba,
Y que aquel hombre que recién hallaba
Era la flor de su ilusión querida !

Fué una historia muy rápida,
La duración no mas de esa ventura ;
Y aquel amor inesperado, ardiente,
Fué solo lo que dura
El beso de la luz en el poniente ! . . .
Una gota de fuego
De algun astro del cielo desprendida
Que abrió sus corazones á la vida
Como abren en los prados las violetas
Entre verdes macizos
Como abre la vertiente
En el claro raudal, por dondo pasa
Los giros de la espuma en la corriente :
El bebió en sus mejillas
El rubí que destila roja grana,
Lágrimas de rocío, que recoge
En blancas campanillas
El aura celestial de la mañana!
Y en su boca bermeja
Apuró del dulzor la miel primera
Como apura en el cárdeno geranio
La miel dorada del panal, la abeja !

.
.
.

El bello pasajero
De verdes ojos y arrogante talla
Le contó al oido en entusiasmo ardiente,
Que seguía el rumor de la batalla
De cercana guerrilla,
Donde el hombre pelea
Por la patria y la gloria,
Y que ella sola al retornar sería

El precio de sus nobles ambiciones,
La palma suspirada de su gloria.

.
.

El toque de cornetas :— los rumores
De bélicos aprontes se escucharon,
Y el bizarro oficial ciñó la espada,
Adios, le dijo á su gentil amada,
Adios prenda querida !
Solo me arrancarán tu imágen pura
Al arrancarme con tu amor la vida !
Yo volveré, le dijo, si no muero
Espérame mi bien, *alma querida* !
Ah ! no temas mi amor, que no se olvida
Ese rostro hechicero,
Ese tu dulce, voluptuoso ambiente ;
Yo volveré, le repitió el viajero
Y con trasporte la besó en la frente.

Se fué como una sombra voladora
Sobre el negro corcel de la pelea,
Silueta de un gigante parecía
Entre la parda niebla de la aldea !
En la pampa desierta
Como sombra de un candor se perdía,
Como sombra que vuela
Y en las nubes se asienta
Para volver á aparecer más lejos
En brillante espejismo
En el incendio de sus mil reflejos.
Mil veces con su gorra, como un sueño,
Rompiendo los celages de la bruma,
Adios á la distancia fué diciendo,
Adios mi amor, idolatrado dueño ;

Y se fué repitiendo
Con alegría estraña :
Que linda es esta flor de la campaña !
¡ Qué seducción, qué encanto !
Qué forma, qué pureza !
Hay en su acento de torcaz el canto
Y algo de celestial en su belleza !

.

III

Mucho tiempo tardó, nunca volvía
Y ella siempre esperaba.
« Ha de volver en su dolor, decía »
Y la frente ocultaba
Y en la ausencia del alma se moría ! . . .
En vez de aquel carmín de sus mejillas
Dos rosas sin color aparecían,
Albas rosas de otoño, marchitadas
Que bien claro decían:
Que estaban de su dueño así olvidadas.

Una tarde de Enero el sol poniente
Encendía su disco
En los rojos cristales de su lente;
Cuando el mismo oficial bajó la cuesta
Alto el kepí sobre la noble frente
Y la espada ceñida,
Y mirando del sol la hermosa frente,
Pensó que su querida
Le esperaba también, y fué gozoso
Con los brazos abiertos
A buscarla en el nido
Donde arrulló su amor solo una hora

Sin pensar que los vivos
En las largas ausencias
Suelen á veces convertirse en muertos !

Solitario y deshecho
Halló el arbol y el nido,
Tal vez el ave muerta
Y el sitio solo de su amor perdido !
Nadie le dió razón, ni una noticia,
Tuvo de aquella tórtola querida
Que él dejara con vida
Y que la hallaba por su mal ausente :
No supo que Ramira
Aquella hermosa y fresca campesina
Que amó al pasar y le juró su vuelta;
Estaba en un rincón del cementerio
Blanca, pálida, yerta
Por la tristeza del dolor ajada
Y bajo un palmo de la tierra muerta!
No supo que perdida en el olvido
Durmiendo el sueño eterno,
Se estremeció su corazón herido
Cuando él ya tarde la buscó en el nido
Y lo encontró para su amor desierto !
No supo dónde estaba,
Qué fué tampoco de ella,
Aquella flor celeste que adoraba,
Y que le dió al pasar cándida y bella
Aquel amor en su pureza ardiente
Que abrasada su alma tiernamente
Con luz de luna y esplendor de estrella ;
Y solo como un duelo de la selva
Cuando él la rienda á su corcel volvía
Templada entre las ramas del bosque,
Sintió una voz celeste que gemía

Y que su canto de expresión ardiente
 El nombre de su amada repetía
 Era una ave muy blanca
 ¡ Tal vez el alma de Ramira errante !
 Que su amarga congoja suspiraba,
 Y que gimiendo amante
 En las ramas del sauce le llamaba.
 En la nota sentida
 Con que arrullaba su mortal querella,
 Murió, decía, tu infeliz querida,
 Y agitaba su pluma estremecida
 Como se agita en el cenit la estrella.
 El se fué, repitiendo desolado
 ; *Murió, murió mi virginal querida !*
 Mientras el ave oculta en el ramage,
 Cada vez más sentida,
 Su lamento tristísimo entonaba
 Entre las hojas del seibal perdida !

.

Se fué como una sombra voladora
 Sobre el negro corcel de la batalla,
 Ginete sobre nubes parecía
 De colozal y gigantesca talla
 Que con las brumas de la noche huía.

.



Inmortal

CANTO II

I

LIGA

DIOS unió allá en el cielo
 La esencia de dos almas cariñosas ;
 El las ligó en la vida
 Con el amor sublime
 Que el pecado redime
 Y abre en el corazón profunda herida ;
 El las lanzó en el mundo
 Al eslabón de una cadena asidas,
 Y en una sola llama confundidas
 Bajo la aureola de un amor profundo.

.

II

DOS ALMAS

Se hallaron sobre el mundo, sin buscarse,
 Y al choque de sus almas se miraron,
 A la suprema eternidad se ataron,
 Y sin asombro del encuentro, unidas
 El amor de sus almas se contaron.

Ella era un ángel de celeste aroma,
 Para amarlo nacida :
 Estrella suspendida ;

Como una luz que asoma
En el oscuro cielo de la vida.

Él era de los cielos algun astro
Sobre el mundo perdido,
Proscrito ángel, caído
Sobre el surco brillante de su rastro
Para llenar de música su oído....

En su mirada había
La tristeza de una alma que suspira,
Y en el acorde de su voz tenía
Como la dulce nota de una lira.

Ella era triste, como un cielo en calma,
Como la luz de la primer estrella;
Y era pura y magnífica su alma
Como su frente luminosa y bella....

Se alzó ante él, radiante y exclusiva,
Y realizó en el mundo su ventura;
Era el ideal de su ilusión más viva,
La imagen de su tipo de hermosura.

Se alzó ante él, sonriente, placentera,
Y en los ojos del rayo que encadena;
Se alzó ante él, espléndida, hechicera,
De cariño radiante y de fe llena.

Y encadenó á sus plantas aquella alma
Para entregar su corazón rendido,
Y en el reposo de suprema calma
Léjos vivir para su bien querido.

Y así, juntas y unidas,
Como dos alas que hasta el cielo alcanzan,

Como dos ruedas sobre el mundo asidas
Que por un rumbo de la vida avanzan;

Aquellos dos espíritus ligados
Por una sed de cielo inestinguible
Por el amor del alma así estrechados,
Sobre el mundo cruzaron invisible....

Nunca la negra pena
Que enluta el corazón y le desgarrá,
Con el dolor horrible de cadena
Que oprime el alma con su fiera garra;

Nunca vino á arrancar de su pupila
Una lágrima sola de tormento:
Ni en esa fuente que el dolor destila,
Nunca, del corazón cayó un lamento....

Eran dichosos sobre el mundo triste:
En un mundo que Dios para ellos hizo,
Mundo de la ilusión, que solo existe
En un ensueño de celeste hechizo....

El destello feliz de la esperanza
Les sonreía en el cielo de la vida,
Y más allá, brillando en lontananza,
La realidad de la ilusión querida!

En un acorde mismo, así templadas
Sus dos almas amantes se arrullaron,
Y en infinita adoración postradas
Entre el tumulto mundanal cruzaron.

¿Que podía ya el mundo darles? Nada!
Que más dicha no hay, ni el mundo encierra?

Rayo de luz que vibra en su mirada
Capaz de anonadar toda la tierra!...

Capaz de estremecer al mismo cielo,
Patria de su cariño y esperanza;
Amor sublime! singular anhelo
Que hasta la altura del Eterno alcanza!

A ellos bastaba su ilusión divina,
Su mundo aparte, su esperanza bella;
El ave amante que en la rama trina,
La flor celeste, ó la brillante estrella....

Por eso aquellas almas confundidas
En el secreto imán de su esperanza;
Como dos ondas de perfume unidas,
Como una nube que al empíreo avanza;

Vivieron en su afecto, indiferente
A los murmullos de la vida humana,
Llenos de anhelos y de amor ferviente,
Léjos del mundo y de su burla insana....

Ay! cuando se ama, el corazón se aleja
Y oculta en el misterio su cariño,
Que el mundo burla el sentimiento, y deja
Mancha indeleble sobre el blanco armiño.

.

III

EL ALMA HUÉRFANA

Así aquellas dos almas se entregaron
A la embriaguez de su cariño santo,

Y la sagrada ley así olvidaron
La ley que cambia hasta la dicha en llanto !

Un día doloridas
Con el sollozo del postrer abrazo,
Aquellas almas por amor unidas
En el anillo de un eterno lazo ;

Sintieron aflojarse el dulce nudo,
Y la sonrisa convertirse en duelo ;
Nada en la tierra detenerla pudo,
Y una de aquellas almas voló al cielo.

Quedó la otra solitaria y triste,
Triste con el dolor sin esperanza ;
Con el dolor que la amargura viste
Cuando el tormento dentro el alma se alza ! . . .

Cuando no guarda la existencia nada,
Que dentro del corazón alce un latido
Cuando sin espresión cae la mirada
Por el azote del dolor vencido ;

Cuando ya no se sabe ni se siente,
Si se vive, se muere ó si se piensa,
Cuando envuelve la sombra nuestra frente
Y queda el alma en el dolor suspensa ;

Cuando del corazón seco un lamento ;
Llega hasta la razón y la anonada ;
Es el último tramo del tormento
Donde sin luz se pierde la mirada !

Entónce, sólo en la existencia queda
Un despego infinito por la vida :
Hay un recuerdo que el placer nos veda :

Memoria santa del que amó y no olvida !...

Por eso sobre el mundo solitaria
La maldición siguiendo del destino,
Con un sollozo interno de plegaria
Siguió el rumbo sin luz de su camino !

Siguió sin esperanza, entristecido,
Sin encontrar en el sufrir reposo,
Con todo un cielo de ilusión, perdido,
Y dentro el corazón, siempre un sollozo

Vagó en el ruido mundanal ansioso
Buscando el alma de su alma hermana,
Y halló la imágen de su ideal hermoso
Mezclada siempre con la farsa humana !

Y se apartó, con el dolor sublime
Que inspira al corazón el desengaño
Que para el alma, que llorando jime,
Consuelo no hay en el mundano engaño

Y fué á ocultar su dolorosa historia
En el misterio de ignorada vida,
Acariciando siempre en su memoria
La imágen bella de su bien, querida.

El hábito del fraile y la capucha
Cambió por los halagos de la vida,
Y sin pena ni lucha
Cubrió con ellos su mortal herida.
Allí, en la oscura celda,
Nadie escuchó el sollozo
Que en el insomnio de la noche alzaba ;

Nadie oyó aquel jemido
Que de su alma partía
Y que era un grito de imposible olvido.

En los claustros vagaba
Con la capucha sobre el rostro caída,
Y cuando triste su pupila alzaba,
Su mirada profunda era distraída ;
Distraída y casi huraña,
Con una sombra de siniestro duelo,
Remedo de dolor que en su alma había,
Y que deshecha en lágrimas
A sus ojos magníficos subía.

Ay ! él amó una vez ! una vez sola
Con el amor de su alma más sublime,
Con el cariño santo que se inmola
Y que en la misma pena nos redime ;
Ella fué como una onda de ternura
Que se volcó en su vida,
Fué un efecto sagrado
Que derramó la luz en torno suyo,
Y quedó eternamente allí incrustado !

Por eso cuando envuelto en su amargura
Se halló solo y errante
En su senda de lágrimas oscura
Sin el amor de su Consuelo amante ;
Sin aquella ilusión que su alma abría
A todas las bellezas de la vida ;
Sin aquella ilusión que era su anhelo
El destello divino
Que levantaba su esperanza al cielo.

Buscó en la soledad la penitencia,
Y su valor templó con el cilicio ;

Ató al pié del martirio su existencia
 Y el cáliz apuró del sacrificio.
 Bebió el acíbar del brevaje horrible,
 Y no alcanzó con el dolor del cuerpo
 A matar el dolor que en su alma había,
 Porque era una orden del Eterno mismo
 Y que en la tierra sin saber cumplía.

.

¡ Pobre alma condenada
 A la orfandad del que llorando gime !
 ¡ Alma pura y sublime
 Por la tristeza del dolor ajada
 Y al eslabón de la desgracia asida !
 Ella vió el cielo y el abismo abierto,
 Y conoció en la tierra,
 La mas suprema dicha de la vida
 Y el más grande dolor que el mundo encierra.

IV

LA IMAGEN ERRANTE

En la nube del cielo,
 En la estrella del alba brilladora,
 En la planta del suelo
 Y en el canto del ave más canora ;
 En todas partes, su mirada veía
 Su dulcísima risa enamorada ;
 En las hojas del libro que leía,
 En la nube celeste que cruzaba
 Y hasta en el cáliz de flor que abría.

Siempre un astro del cielo
 Atraía su mirada y su alma entera :

Ay ! esa estrella era
El alma de Consuelo,
Que filtrada en el rayo
Do aquel bello lucero,
Buscaba sobre el mundo desolado
El casto ensueño de su ideal primero.

Su sombra cariñosa le seguía
Y amarrada á su sombra siempre estaba ;
Si la mirada alzaba
Su sonrisa dulcísima veía ! . . .
En las ondas del agua,
En las ramas del sauce y en las flores,
Resplandeciente y bella
Su imágen le sonreía en el misterio
Como la lumbre de ignorada estrella.

V

INMORTAL

En el sagrado recinto
Donde los ángeles guardan,
Las llamas blancas y azules
De las almas que se exhalan.

De Consuelo el alma cándida
Radiante de luz divina,
Iluminaba el santuario
Como una inmensa pupila !

Y por la noche, en la altura,
Asombrando el mundo entero,

Su alma inmortal relucía
Volcada en luz sobre el cielo....

Pero aquella luz bermosa
Guardaba en cada destello,
Mil lágrimas condensadas
Y ocultas en el misterio!...

Por eso el ángel más bello
De los que el santuario guardan,
Dijo al astro que gemía
Entre los besos del alba :

« Ah ! no entres más al recinto !
« Tu grito ajita otras almas.
« Vuélvete al mundo, no llores,
« Que Dios enjuga tus lágrimas.

« Vé á ser eterno satélite
« De un astro que el mundo guarda ;
« Que Dios te llamó á su seno
« Por que eras pura, sin mancha »

Y el ángel abarcó al astro
Y cual inmensa linterna,
Bajó asombrado los orbes,
Y descendió hasta la tierra

. . .

Pálida y bella en un lecho
Una muger espiraba,
Y en aquel cuerpo sin vida
Cayó la chispa sagrada

Y ayer lucero del cielo
Y hoy muger sobre la tierra,

Es solo una esencia pura
De un ser humano, criatura
Que en sí dos almas encierra

VI

INTUICIÓN

El alma de Consuelo revestida
Bajo el ropajo de la carne humana,
Abrió, como una flor abre á la vida !
Pero sin recordar de su pasado
La página sin mancha,
Sin recordar siquiera
La imágen de su bien idolatrado ! . . .

Algo, como un recuerdo
En una estraña vaguedad, sentía
Que rasgar parecía
La oscuridad tenaz del pensamiento :
Era solo un relámpago
Que rompía el filón de la tiniebla ;
Era un rayo furtivo
Que alumbraba su frente
Y sonámbula siempre la dejaba ;
Era el grito de su alma que se alzaba
Dentro su seno mismo
Para llenar de duda su existencia
Y abrir ante sus ojos un abismo !

Estraña aspiración su alma guardaba,
Desconócido afán, ajeno impulso,
Que á recorrer el mundo la llevaba !
¡ Insólita tristeza, estraño anhelo,
Que á andar eternamente la empujaba,

Sin encontrar sobre la faz del mundo
El sueño ideal de su entrevisto cielo!...

Ella, en su afán, sentía
Como un éco lejano
De una voz que su nombre repetía ;
Era como el acorde
De una nota divina
Que lanza en el espacio su armonía :
Era una voz amiga
Que ella escuchó en el mundo
Sin saber de qué punto así partía.

Era el reclamo amante
De otra alma que en la tierra
La buscaba constante !
¿ De qué parte venía
Aquel grito tan tierno,
Aquella voz suavísima y doliente
Que sus fibras recónditas movía
Y alzaba mil ensueños en su mente ?

¿ Qué semblante era aquel que sonreía
En la más honda soledad, y turbaba
Cualquier vago deseo que sentía ?
¿ Qué era aquella sorpresa,
Aquel roce dulcísimo
Que un ósculo dejaba en su cabello,
Como deja la luna entre las ramas
El rayo azul de su primer destello ?

Estraño afán, que alzaba
De su seno purísimo el latido
Que en un giro incesante la llevaba,
Como si recordarle
Quisiera á su memoria

La página celeste del pasado :
Primera escena de su tierna historia !

VII

ARRULLO

Astro que fijas con tu imperio mi alma
Y en la noche del mundo te levantas,
Dime si sabes dónde está el bien mío
Que no lo encuentra mi cansada planta ;

Dime en qué parte

Del Universo

Se oculta á la mirada de mis hojos,
Para contarle mi cariño inmenso !

Aurora sonrosada de los cielos
Que en el espacio tu esplendor derramas,
Y que la frente del amado mío
Quizá en esta hora acariciando pasas :

Déjame en el silencio

De la noche callada,

Volar hasta el insomnio de su alma
Y sorprender la luz de su mirada.

Blanco lucero de mi eterna noche
La soledad de mi camino alumbra ;
Ah ! no me niegues tu presencia amiga,
Única luz que el porvenir vislumbra !

Brilla un instante,

Solo un instante,

Que se ilumine con tu luz mi frente
Y en ella temple mi ilusión constante.

Ah ! yo te busco sobre el mundo entero
Y no te encuentro para mí nacido :

Tal vez en vano para mí te busco
Por que eres ¡ ay ! para mi amor perdido.
¡ Sola esperanza
Que el alma enciende,
Sube del mundo ó de los cielos baja
Y el alma tuya hasta mi alma tiende !

Te busco entre el tumulto de la gente,
En los teatros, las plazas y los templos,
Y un sollozo desgarrá mi esperanza
Por que hallo todo para mí desierto !
¡ Dónde te ocultas
Celeste ensueño ? . . .
Ah ! tu eres solo sobre el mundo triste
El tipo hermoso de mi ideal risueño !

VIII

EN LA TIERRA

Cuando la luna su poster destello
Ocultaba en el cielo,
Y solo el éco de la brisa errante,
Entre el follaje umbrío,
Cruzaba sollozante
Volcando entre las flores el rocío ;

Cuando apenas se alzaban
Los vapores del alba
Y surgía magnífico el lucero,
Dios unió nuevamente aquellas almas
Que se buscaban sobre el mundo entero.

Él las ligó en la vida
Con el amor sublime

Que el pecador redime
Y abre en el corazón profunda herida ;

Él las lanzó en el mundo
Al eslabón de una cadena asidas,
Y en una sola llama confundidas
Bajo la aureola del amor profundo.

Por eso al encontrarse nuevamente
Bajo la forma que la carne encierra,
El alma de su alma, conocieron ;
Se volvian á hallar sobre la tierra,
Y un solo grito, un estallido dieron

Una dijo, Consuelo ! otra, Leonordo !
Y suave, suavemente, se inclinaron,
Sus lábios se tocaron,
Se atrajeron los dos y se oprimieron,
Y sus almas amantes se ligaron
Y en un beso infinito se fundieron !

Pero era tarde ya ! Eterno voto
El brazo de Leonardo encadenaba !
Ay ! era tarde ya : suerte maldita
Que al pié sagrado del altar lo ataba ! . . .

IX

CONSUELO

En el postrer instante de la vida
Y antes que se empeñara su mirada,
Como la luz errante que vacila
Y trémula parece que se apaga ;

Así aquella muger ya moribunda
Llevóse al corazón la mano helada,
Y la aureola marchita de su frente
Encendióse de nuevo en su mirada.
Pareció circundarse de una llama
Y ardió su corazón que agonizaba,
Y en un canto inmortal, himno de su alma,
Lanzó al mundo el dolor que la mataba.

Era un canto supremo, el postrimero
Eco del corazón, grito de duelo,
Empapado en lá hiel que laceraba
El alma inmaculada del Consuelo

. . .

X

PERDÓN

Padre, perdón ! mi corazón no puede,
Con el inmenso afán de su ternura,
Y sollozando muere
En la tierra, en el cielo, en la onda pura
Un sentimiento bebe,
Que llena el alma en languidez divina
Y que sediento el corazón apura

Mi sentimiento es nuevo,
Es un arrullo, una armonía, un coro,
Que dentro el alma llevo :
Acordes de otro mundo, cuerdas de oro
Que vibran solamente
Cuando escucho el acento del que adoro !

Todo á través lo miro
Del sentimiento en que se anega mi alma
Y hallo cosas y admiro,
Que tranquilo el espíritu y en calma
Nunca hubiera quizá ni comprendido.

Y es que ha brotado
Una luz, un reflejo que me inunda ;
Es que dentro el espíritu apagado
Hay algo que circunda
Al corazón, abriendo con sus rayos
Las nieblas agrupadas del pasado

En todo encuentro animación, grandeza :
Los árboles, las flores, son criaturas ;
En todo encuentro encantos y belleza,
Caricias y dulzuras
Y hasta en los ojos del que fué enemigo
Descubro la espresión de la nobleza

Cual si por vez primera
Mis ojos contemplaran tierra y cielo,
Me parece la esfera
Tan hermosa, tan nueva, con su velo
Tachonado de luces, que hasta creo
Que la tierra es más bella y hechicera.

Es que ha alboreado el día
De la estación feliz que yo esperaba,
Un himno se ha sentido de armonía,
Y el pensamiento, el alma que soñaba
Con el ideal de su ilusión querida,
Se ha arrullado en un canto de alegría

Ay ! yo lo había soñado
Con su hermosa cabeza iluminada,

Y con inmenso amor le había esperado
Cual se espera una imágen adorada,
Que en todas partes vislumbrarla creemos
Y que es la flor de la ilusión amada !

Pero la incertidumbre
Abatía marchita mi existencia,
Borrándose en la cumbre
El último fulgor de esa demencia,
Que era dentro mi alma entristecida
Lo que es al cáliz de la flor, la esencia.

Perdida lo miraba ;
Y en la tristeza de mi amargo duelo
Mas amante, más bello lo soñaba ;
Y en el trastorno de mi eterno anhelo
No creía que existiera en este mundo
Sino en la patria del empíreo cielo !

Más llegó un día
En que el afán del alma se calmára
Traduciendo el anhelo que sentía ;
Al encontrar el ángel que soñára,
Más puro que mi sueño y más perfecto
Que el bello ideal que el pensamiento creara.

Lo hallé grandioso,
Lo hallé más bello que el ideal buscado,
Pero triste y lloroso
De las luchas del mundo ya cansado,
Sin encontrar lo que buscó constante
En el largo miraje del pasado.

Lo hallé, Dios mio,
En el afán de mi delirio amante !

Lo hallé á otro lazo indesatable unido ;
Y yo lo ví, gran Dios ! que vacilante
Lanzaba su alma tierna un estallido,
Al hallarnos tan tarde sobre el mundo
Cuando uno para el otro era perdido !

Oh ! yo también al cielo
Lancé un reto, mi suerte maldiciendo,
Un grito de dolor, queja de duelo !
Y el diapasón de mi dolor subiendo,
Maldije mi existencia en este mundo
Si hubiera de vivir siempre muriendo.

Su voz cristiana
Llegó dulce á mi alma dolorida,
¡ Su voz que no era de criatura humana !
Diciéndome al oído enternecida :
— Amémonos con un amor celeste,
Como un rayo de gloria bendecida !

Yo escuché aquel acento,
Pero ya estaba el corazón rasgado ;
Y el alma sollozando en su tormento
Huyó muy léjos de su bien amado
Para lanzar su postrimer lamento
En el grito de su alma más sagrado.

Amar y ser amado !
Sentirse idolatrar de amor muriendo,
Y vivir condenado
A estar ausente de su bien, teniendo,
Dentro del alma guardado,
Un tesoro infinito de ternura
Que va nuestra existencia carcomiendo !

¡ Oh ! padre, ¿ habeis amado ?
Entonces vos comprendereis mi llanto,
Y cuanto ha sollozado
El pobre corazón en su quebranto,
Viendo ligado á un voto inquebrantable
Al solo hombre que el alma había soñado

Al solo ser que hallára
Capaz de comprender el alma mía,
Al solo hombre que amára
Con la grandeza divinal, sublime,
Que en mi grandiosa aspiración soñára.

Padre, perdón ! el corazón no puede
Con el inmenso afán de su ternura,
Y sollozando muere ! . . .
En la tierra, en el cielo, en la onda pura
Un sentimiento bebe,
Que llena el alma en languidez divina
Y que sediento el corazón apura . . .

Padre, perdón ! es el postrer acento
Que sale de mi labio moribundo ;
Siento helarse en mi frente el pensamiento ;
Siento que voy á abandonar el mundo,
Para ir á otra rejión, donde se ama
Con un amor más grande y más profundo !

El padre se inclinó ;
Y de sus labios, pálidos y helados,
Un jemido tristísimo se oyó !
Y en lágrimas sus ojos arrasados
Llegóse sollozando ante Consuelo
Que entornaba los suyos apagados.

Pobre mártir! . . .
Murmuraron sus labios oprimidos,
Y tomando la mano de Consuelo
Llevóla al corazón, y sus latidos
Descubrieron la causa de su duelo.

¡ Dulce creatura,
Dios te bendiga !
Murmuró entre sollozos desolado
Besando aquella frente que moría.

Luego agregó,
Alzando al cielo sus divinos ojos :
— Mi corazón te amó,
Te amó postrado ante tu pié de hinojos
Y hoy al faltar tu aliento sobre el mundo
Amaré desolado tus despojos. . . .

Perdón, Dios mio !
Tú que sabes lo santo del cariño
Que dentro el pecho abrigo,
Este amor celestial, cándido armiño,
Que llevo en el santuario de mi alma
Desde que era inocente y tierno niño !

Tú que sabes, Señor,
Cuán grande fué la aspiración soñada,
Lo divino, lo puro de ese amor
Que iluminó de pronto la alborada
Del cielo oscurecido de mi vida
Con el primer albor de su mirada !

De esa dulce mirada
Que yo esperé sobre la tierra ansioso,
Y que ahora apagada

Deja sin luz mi cielo tenebroso,
Sin reflejo mi senda oscurecida,
Negándome su rayo cariñoso...

XI

ÍNTIMA

¡ Dame fuerza, Señor,
Para sobrellevar la pesadumbre
De este espantoso golpe de mi suerte !
Dame un rayo siquiera, con que alumbre
La senda del Calvario
En que se abisma mi cansada frente.

La vida es imposible
Después de haberla por mi mal perdido !
La vida que me espera
En el mundo, sin ella maldecido !...
Nada iguala á mi pena,
Al sufrimiento mio,
Siempre amarrado á la mortal cadena
En la espantosa duda del vacío !

Piedad, Señor ! en la existencia solo
Cómo arrastrar la miserable vida
Si la mitad del corazón me falta ?
¿ Cómo cerrar los bordes de la herida
Si ella no enjuga mis eternas lágrimas
Con el acento de su voz querida !...

Ah ! llévame, Señor, seré un satélite,
Una estrella apagada
Que siga siempre sin cesar su rumbo ;
Acerca mi alma en el dolor postrada

Al alma de Consuelo ;
 Y ya que sobre el mundo
 Nos apartó el destino,
 Que se unan nuestras almas en el cielo
 Con tu poder, Dios mio ! . . .

XII

INMORTALIDAD

Allá ván, en la ráfaga celeste
 Dos blancas almas escalando el cielo :
 En el éter se pierden,
 Como dos alas que ascendiendo, suben —
 Como dos blancas nubes
 Que rasgan del empíreo el ancho velo.



El César *

—

CANTO III

—

FANTASÍA

LA ciudad de los Césares, lanzaba
 Un grito de batalla,
 Un grito pavoroso, que rodaba

*—Ciertamente que dirán nuestros lectores que no ignoran la bella tradición americana, cuya fábula nos ha inspirado el pequeño trabajo que ofrecemos al lector inteligente.

No hay un solo historiador del Rio de la Plata, que no hable de los gigantes.

De la planta monstruosa del gigante
Al asentarla en los desiertos huecos.

El coloso rujía,
Rujía como fiera acorralada ;
Y en su mano blandía
El hacha ensangrentada,
Lanzando al ascender un alarido
Que el abismo en su fondo repetía.

Lleva un ojo en la frente,
Un ojo abrasador y enrojecido :
Centella que se enciende derrepente,
Como se enciende el rayo
Al caer en la pendiente
Produciendo el espanto y el desmayo.

Sobre la negra roca
De los picos basálticos avanza,
Cual potro delirante que desboca ;
Y con salvaje frenesí se lanza
A estrellarse en su vértigo de furia
Donde la fuerza del mortal no alcanza.

Ciclopes, habitantes de las costas magallánicas, hombres de una estatura colosal y designados con el nombre de Césares.

Cuenta la fábula, que adoraban una deidad cuyo sólio jamás fué hallado por los padres de la compañía de Jesús.

Aquella deidad encantada de los Césares y llena del misterio de la más bella fantasía, perdióse siempre á la pesquisa de muchos atrevidos capitanes, que con empeño de hallar las riquezas escondidas de los gigantes de América, dejaron sus vidas entre los salvages Tehuelches.

Del naufragio acaecido sobre las costas magallánicas del nao enviado por real órden á las primeras exploraciones en el Rio de la Plata, surgió la fábula, y la ciudad encantada de los Césares fué, desde entonces, la codicia del español.

Nosotros, aprovechando la tradicion, ofrecemos al lector esta fantasía, sin que ella tenga otro mérito que ser americana.

Creemos que hay tela de sobra, y muy rica, abundante en belleza y frescura, en América, para ir á buscar argumentos ajenos, y desarrollar escenas en suelo extranjero cuando el nuestro es tan hermoso y grande. — *La Autora.*

¿ Adónde vá ? ya llega
A la orilla del mar que se estremece,
Y lanzando su grito en són de guerra,
Se apresta enfurecido á la pelea,
Mientras suben los monstruos
En las ondas envueltos
A cada horrible golpe de marea.

Ya comienza la lucha,
La lucha de gigantes y pigmeos :
Se oye el grito que aterra
De la fausa feroz del que está herido,
Y en el fondo sombrío del abismo
El desplome se escucha del caido !

Todo es terror ! Las aguas
Sacuden su penacho embravecidas ;
El *Cetáceo*, moribundo, se oye
Temblar entre el oleaje
Encrespando las ondas, que se alzan
Con ruidos estraños de coraje.

Las Ondinas del mar, que retózaban
Jugando en la ribera,
Recojiendo sus perlas y corales,
Con gritos desolados de marea,
Corriendo van al seno de la madre
A contarle el rumor de la pelea.

En los golpes de mar, sube el *anfibio*
Y huye por la ribera estremecido,
Aumentando el horror de la refriega
Con sus ayes de espanto,
Con su voz cavernosa y aterrante
Que parece, más bien, rumor de llanto.

El *caimán* despertado
En su lecho de arena,
Desata la ancha cola enfurecido,
Y se lanza al combate
Blandiendo el *corbo alfanje* de pelea
Donde nadie le vence, ni le abate.

Mas, todo cede á la potente fuerza
Del brazo del gigante ;
Nada resiste á su hacha de granito,
Y donde el golpe de su filo asesta
Cae vencida la fiera
Para no alzarse más, porque está muerta.

Nada al *delfin* resguarda
Ni al *tiburón* azul, ni al rojo *ceto*,
Ni sus finas aletas, cual puñales,
Ni su *cota* de escama como malla ;
Todo cae bajo el hacha del *coloso*,
Todo á su golpe de dolor desmaya.

Los *titunes* del mar por fin vencidos
Miran triunfante al César,
Bajar á los abismos escondidos,
Donde guardan avaros
Sus tesoros queridos,
Su mundo de riquezas,
Y su Nereida blanca, más preciada
Que el reino colosal de sus bellezas.

Vénlo tornar sonriente,
Trayendo entre sus brazos adormida,
A la virgen del mar, que hunde la frente
Sobre el pecho de acero que la oprime,
Implorando entre lágrimas la muerte,
La muerte, preferible

A la caricia detestable, impura,
De aquel *dragón* horrible.

El gigante impaciente
Murmura en el oído de la *Silfa*
Una voz que modula tiernamente,
Una endecha suavísima, ensayada
En el cordaje celestial de un arpa
De las manos de un ángel escapada.

« Ah ! qué bella ! le dice, te pareces
A la cresta de la ola en la marea,
Por mecerte en mis brazos solamente
Volvería á la lucha y la pelea.

Entre un *coro* de pólipos azules
Un día te bañabas en la orilla,
Y allí te ví jugar entre la espuma
Que en blancos copos se desgrana y brilla.

Desde entonces, rondé ; llevaba el hacha
Encadenada siempre á la cintura ;
Si algún monstruo del mar cerró mi paso
Allí su muerte la encontré segura.

Ya lo vés, he vencido, tú eres sola,
El triunfo de mi afán y mis delirios,
Yo te daré nenúfares y espumas,
Te haré lecho de esponja y de lirios.

Tú eres Diosa del mar, yo soy monarca
Del volcán, de la tierra, y las montañas ;
Todo cesa á mi voz en la comarca
Y es mi brazo invencible en las hazañas.

Tiemblan hasta los riscos y las peñas,
Si escuchan rebramar mi voz potente,

Y asustadas las fieras se detienen
Y humillan ante mí su altiva frente.

Opresa, bajo el fuego de mi planta,
Se deshace la yerba en la pradera,
Y si enalzo mi talle, se oscurece
El monarca del orbe en su carrera » .

La pálida Nereida, estremecida
Bajo el impulso de la voz que aterra,
Sentía el abandono de la vida
Postrada de dolor sobre la tierra.

Sus ojos del color de la esmeralda
Guardaban un reflejo en la pupila,
Un iris de agua viva, suave, blanda
Inundación de luz, dulce y tranquila.

Tendida sobre el césped del suelo
Parecía un lucero allí caído,
Un ángel espatriado desde el cielo
Y sobre el fango terrenal perdido.

Sus lucientes aletas se abatían,
Y su rubio cabello se secaba ;
El coral de su boca se perdía
Y su talle de ninfa se doblaba.

Oh! compasivo! vuélveme á las aguas.
Dijo su acento, triste, doloroso ;
No ves que languidezco, que me muero
En la horrible quietud de este reposo?

Ah! llévame bajo la mar sublime,
Yo no puedo alentar sobre la tierra ;
Mira como se secan mis cabellos,
La blanca escama que mi cuerpo encierra.

Jamás !—encadenada eternamente
 Vivirás á las grietas de estas peñas ;
 No volverás á tu soñado alcázar
 Ni á contemplar sus azuladas breñas.

Los húmedos vapores de la noche
 No vendrán á jugar en tu cabeza,
 Y esas yerbas marinas, que tu adoras,
 No alfombrarán tu pié con su maleza.

Tu cetro de corales y de perlas
 Y tu esquife levísimo de flores,
 En vano esperarán sobre las ondas,
 Porque eres tú el amor de mis amores.

Los Delfines vendrán á rescatarte,
 Te querrán arrancar á mi cariño ;
 ¡ Pero yo tengo entre mis brazos fuerza
 Para ahogarlos á todos como á un niño !

.....

 La Silfa, moribunda y desmayada,
 Cubierta en el estambre de su velo,
 Fijaba entristecida la mirada
 Sobre el relieve colosal del cielo.

Recordaba su mundo de bellezas
 En las entrañas de la mar guardadas,
 El mundo de su cetro y sus riquezas
 Para siempre perdido á sus miradas.

Y la Diosa marina, contemplando
 El horrible dragón que la adoraba,
 Su frente entre las manos ocultando
 Con gritos de amargura sollozaba.

.....

II

Parece que temblaran las montañas
De la virgen comarca,
Por que se oyen derrumbes
De pendientes y riscos;....
Derrumbes que acallando
Los bramidos del viento
Cavernosos, parecen
Graznidos del abismo,
Murmullos colosales
De las álas monstruosas
Del genio malhechor del cataclismo.
El aquilón rujiente,
Rebramando en el piélago profundo,
Sacude la melena de su frente
Y atruena con sus voces la montaña,
Que su corona peñascosa entreabre
En convulsión estraña.

El *Contur* * asustado
Repliega el abanico de sus alas,
Y graznando aterrado
No osa siquiera remontar el vuelo,
Temiendo la explosión de la tormenta
Que baja rebramando desde el cielo.

El *mar* enrojecido
Con la sangre del rei, del hondo abismo
Se revuelve, atronando el aire entero
Con gritos de venganza, el heroismo
De los muertos delfines le estremece
Y rompe las cadenas por sí mismo.

*— Nombre que dan los indios del Bajo Perú, al Cóndor americano.

Soberbio y libre
Como un toro de América salvaje,
Cruza por precipicios y llanuras,
Y corre, y va inundando con su oleaje
Hasta el gigante fin de las alturas.

El rumor de las olas se vá alzando
Y azota con su flujo la pradera,
Va arrasando en su fuerza la corriente
Todo lo que se opone á su carrera.

El tremendo aluvión, avanza, crece,
Y envueltos en sus ondas los delfines
En largos escuadrones van marchando
Al bélico compás de sus clarines.

Llega á la cumbre yá ! crece en bramidos
Al derramar sus aguas en torrente;
Mientras se rompe en negros estallidos
De los volcanes, la caduca frente.

Los animales, temblorosos huyen
A guarecerse en la elevada cumbre,
Y allí también sobre los picos fluyen
Las encrespadas olas en derrumbe.

El penacho de rocas se estremece
Vencido por el mar que lo circunda,
Y el ruido en tanto del diluvio crece
Y hasta el confin de la caverna inunda.

La *Cuenca*, estremecida,
Abre su vírgen corazón de roca,
Y allí en la sima, donde el ave anida,
La fiera brama, destronada y loca.

El serpentón que silva,
Como un gigante herido,

Hace temblar la frente
Del peñasco perdido
Entre el agua que avanza
Y llena de terror con el silbido
Todo el espacio que su grito alcanza.
Es el grito salvaje
Del monarca que cae en la batalla,
Es el eco postrero del coraje
Del desgraciado, que halla
La muerte donde mira,
Y en el espanto del dolor estalla
Sin saber aterrado donde gira....

El gigante rendido
En la horrible impotencia de la suerte,
Se encuentra solo en el dolor perdido,
Y atruena el aire con su grito de ira
Invocando frenético la muerte.

Vé las olas, que se alzan encrespadas
Rujiendo de venganza ;
Y él también ruje en su impotencia loca,
Y el postrer grito de su furia lanza
Sin poder arrancarse de la roca.

Y allí está, encadenado eternamente,
Cual Prometeo, al eslabón asido,
Pero quiere morir, alza la frente
Y en el esfuerzo del dolor rendido,
Lanza el último grito de tristeza ;
Ríe del mar que á devorarlo viene
Y rompe entre las peñas su cabeza.

Todo queda en silencio, el mar se vuelve
Rujiendo sordamente,

Y aquella horrible fuerza de corriente
Que cubrió con su manto
La sima del abismo y la pradera,
Atronando de espanto
El corazón de la asustada fiera ;

Desciende con rumores,
Con lamentos tristísimos de duelo,
Salpicando de lágrimas las flores
Que alzaba la ribera bajo el cielo,
Para adornar la candorosa frente
De la casta deidad de sus amores.

Es que la Ondina pura,
Que era el encanto de las ondas leves,
Helada de pavora
Con la caricia del salvaje amante,
Trocóla en piedra su gentil figura
Para huir del gigante
Y burlar el afán de su ternura.

Todo triste se queja
Y todo se lamenta ;
El jiro de la ola que se aleja
Que besa la ribera, y huye lenta,
Parece una alma en pena
Que dice tristemente :
Asida estoy á la fatal cadena
Convertida en granito eternamente.

Todo se queja y llora,
Todo en angustia jime,
Las luces de la aurora
Y la oración sublime ;
La tristeza colora,
Y el solitario helecho se estremece

Y las algas se mueven,
Y las olas se estrellan,
Y el mar llorando, en amargura crece !...

Y allá en la noche oscura,
Los genios de las aguas, cabalgando
En corceles de espuma,
Llegan hasta la virgen de la peña,
Y coronan con pámpanos su frente ;
La cercan y le adoran
Y sollozan en torno tristemente.

Es que la Ondina pura,
Que era el encanto de las ondas leves,
Helada de pavora
Con la caricia del salvaje amante,
Trocóla en piedra su gentil figura,
Para huir del gigante
Y burlar el afán de su ternura.

Y cuenta el navegante :
Que oyó mil veces de pavor transido
La horrible maldición de aquel gigante,
Que cayera vencido ;
Y que en la noche borrascosa y fría
Del huracán que ruje,
Alza su voz sombría
Del fondo solitario del abismo
Para lanzar su maldición impía ;

Y cuentan : que las aguas se estremecen
Y un soplo de aquilón alza la vela,
Mientras las ondas se derraman, crecen
Y un grito se oye que de espanto hiela.



himno al trabajo

CANTO IV

CANTO OFICIAL DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE LA PROVINCIA *

C O R O

Alcemos compañeros
 El hacha del trabajo,
 Y en la labor unidos
 Corramos al taller ;
 Resuenan los martillos
 Sobre el metal fundido,
 Y en torno de la fragua
 Corramos á aprender.

Hoy somos infantiles
 Espíritus pequeños,
 Que se alzan con la chispa
 De luz del porvenir ;
 Mañana sentiremos
 Del hombre los destellos
 Y el corazón mas grande
 Con mas vigor latir.
 Hoy somos pequeñuelos,
 Mañana creceremos,
 Y crecerán los sueños
 Y la ambición quizá ;
 El porvenir es nuestro,
 Entónce clamaremos,
 Por que el espacio es ancho
 Donde el trabajo está.

* - Puesta en música por el maestro Teodoro Rodriguez del Palacio.

Corramos al trabajo
Y en la labor unidos,
Un himno levantemos
Al digno bienhechor,
El bueno y esforzado,
Nos señaló el camino
Por donde el hombre sube
Con dignidad y honor.

Corramos compañeros
Llevando el estandarte
Que dignifica y alza
La humana condición,
El pabellon hermoso
De las divinas *artes*
Alcemos tremolando
Con noble decisión.

La escuela es el soberbio,
Magnífico santuario,
En donde el hombre aprende
La redención moral ;
El Arte y los oficios,
Taller de la enseñanza,
Es donde el hombre aprende
Sin mengua á trabajar.

El porvenir es nuestro ;
No hay nada que amedrente
Nuestra esperanza rica
De anhelo y juventud ;
Marchemos de la mano
Mientras el alma siente
Que le penetra un rayo
De ciencia y de virtud !

Marchemos ! sí, marchemos
Salvando los escollos,
Bañada nuestra frente
Con luz de inspiración.
Marchemos, compañeros,
El hacha sobre el hombro,
A la labor, cantando,
Alegre el corazón.

Marchemos, entonando
Un himno de alabanza,
Un cántico de gracias,
Al noble bienhechor *
Aquel cuya palabra
A un templo nos acerca,
Y que la ley nos muestra
De la igualdad de amor.

En las doradas páginas
Del libro de la historia,
Un día no lejano,
Su nombre brillará.
Sucederán los días,
Trascurrirán los años,
Y en letras de oro el muro
Su nombre guardará.

Su nombre, que bendice
Nuestro infantil acento,
Que en gratitud repite
El tierno corazón.
Hoy somos pequeñuelos
Mañana creceremos

*—Alude al Sr. Darío Rocha durante su gobierno.

Y el nombre será entónces
 Altar de adoración.

¡ Corramos compañeros
 A la labor unidos,
 La fragua nos espera,
 Nos llama ya al taller.
 Dan vueltas los cilindros,
 Resuenan los martillos,
 Obreros ! industriales:
 Corramos á aprender !



Hoja de laurel

CANTO V

AUTÓGRAFO

Depositado en la piedra fundamental de la Ciudad de la
 Plata, el 19 de Noviembre de 1882

LA Plata, se levanta ufana, bella,
 Y destellando luz, nace á la vida ;
 Su solo nombre la esperanza encierra
 Donde la fe del porvenir se anida.

Fija allí la mirada del que espera,
 La realidad le ofrece en el futuro,
 Bajo el jirón azul de su bandera,
 Sobre la entraña de su suelo puro.

Allí está, jóven, vírgen, *prometiendo*
 Un mundo de misterio y de grandezas !

Al empíreo sus brazos vá tendiendo,
Cubierta con la fe de sus promesas.

Es una hija argentina! y ha surjido
De la noble intención de un pensamiento,
Del siglo moribundo ella ha nacido,
Como un astro de luz del firmamento.

Salve vírgen ciudad! tu nombre bello
Se inscribirá sobre la patria historia,
Y el amor de tus hijos pondrá el sello
Al nuevo *timbre* de argentina gloria!



Dos mundos

—

CANTO VI

A LA MEMORIA DE JOSÉ GARIBALDI

~~~~~

#### I

*El héroe:*

**A**dios madre, adios Niza,  
mi corazón el entusiasmo inflama!  
Adios, yo voy al continente nuevo  
donde la lucha por el bien me llama.

*Niza:*

Ah! vuélvete! la América es estraña  
á tu fama sublime de guerrero,  
y un dia en vista de tu noble hazaña  
solo oirás este grito: *es estrangero!*

*El héroe:*

No, no, yo soy apóstol del derecho  
y es para mí la patria el mundo entero !

*Niza :*

Ah ! vuélvete, mi corazón te ama  
y todo en torno con amor te grita ;  
la explosión del Vesubio con su llama,  
el golfo estremecido que se irrita,  
y el corazón amante de la Italia  
que en el lamento de tu adios palpita.

*El héroe :*

No, no, yo voy de América á la puerta  
con el kepí del último soldado,  
á combatir sobre la pampa abierta  
por un ideal de libertad soñado.  
Voy tras la ley de la igualdad luchando  
al grito de República sagrado !

Adios, la Italia amada :  
voy á buscar la gloria,  
en la vírgen América ignorada,  
y una página nueva, que en la historia  
enlace eternamente los dos mundos  
con una sola cifra en la memoria !

Inclinó, Italia, la frente  
y el héroe cruzó los mares,  
y quedó solo en sus lares  
un culto de amor ferviente.

. . . . .

América, risueña  
vió llegar á sus playas aquel héroe  
y coqueta, halagüeña,

sintiendo enriquecidas sus entrañas,  
batió sobre los mares sus espumas  
inclinando á su paso las montañas.

Ven, le dijo, tendiéndole los brazos,  
tú no eres extranjero, eres mi hermano ;  
un mismo fin nos unirá en los lazos  
de la justicia del derecho humano !

Y el héroe alzó en la diestra  
la más sublime enseña de la vida,  
y encaminó su paso á los combates,  
el alma llena de la fe querida.

Luchó al lado del bien y la justicia,  
apóstol siempre del derecho bello,  
colaboró con sangre de sus venas  
y á una obra puso, redentora, el sello.

Ah ! nunca nadie le llamó extranjero  
á aquel gran corazón republicano,  
su patria ha sido el universo entero,  
y en cada corazón halló un hermano.

Por eso llora, América y Europa,  
y cubren de crespones su bandera :  
ha entreabierto su tierra el viejo mundo  
y ha caído el solitario de Caprera.

Es un astro que cae y no se apaga,  
que alumbra los laureles de su gloria ;  
él, suspendido entre dos mundos, vaga  
y entre dos mundos pasará á la historia.

América, lo llora, no era estraña  
á su fama europea ;

tambien aquí nos dió su noble hazaña,  
héroe inmortal, de la imortal Crimea !

Tambien aquí su sangre generosa  
quedó al pié del cañón en la batalla,  
y como allá, con su *Legion gloriosa*,  
no halló jamás en el combate valla.

Su espíritu valiente, hizo pedazos  
el inicuo eslabón de la cadena,  
y al solo golpe de sus férreos brazos  
cayó el baldón de la opresión ajena !

Su generoso pecho fué sagrado,  
las balas respetaron su *coraza*,  
él combatió sin *cota* de soldado  
con el valor heróico de su raza.

Por eso llora, América y Europa,  
y cubren de crespones su bandera ;  
ha caido Garibaldi, ha caido un héroe,  
y ha muerto el solitario de Caprera.







# Follajes

.....





## Hojas de un libro

---

Jamás he leído una cosa más bella !

Conozco las páginas sublimes de Alfredo de Musset, las meditaciones de Volney, el divino Rafael de Lamartine, el poema de Goéthe, los libros luminosos de Teófilo Gauthier y los más bellos pensamientos de Michelet.

Se ha alumbrado mi espíritu con la palabra grandiosa y llena de verdad, de Eugenio Pelletan.

He sentido vibrar la magestad más pura, la armonía más grande de la naturaleza, en los cantos tristes de Ossian.

He lanzado el sollozo más amargo de mi corazón con Natacha, y mi frente pálida por la fuerza de un dolor sin lágrimas, ante las estrofas sublimes saturadas de escepticismo de Lord Byron, se ha levantado al cielo en el éxtasis de una admiración suprema.

El Infierno del Dante y la Divina Comedia — ese amor mas allá de la vida y de la muerte, que llena el alma del triste solitario de Vaclusa — han llenado mis horas y perfumado mis pensamientos con sublimes meditaciones.

He leído recogida y silenciosa « El cantar de los Can-

tares» y he llorado arrodillada ante los salmos de Job y las lágrimas de mis ojos han borrado las páginas del libro abierto á la luz del sol. Los versículos sagrados quedaron señalados por mi mano, y el salmo fué, desde entónces, la oración de mis noches.

Ah! pero todos los libros del universo, toda la sublimidad que encierra el pensamiento humano, no alcanza á igualar, con la luz de su belleza, el poema que en hojas desgarradas trajo el viento hasta mis ojos.

La imájen suprema de la perfección no se ajustó jamás mejor en el fondo y en la forma, que en aquellas hojas divinas.

Era un himno colosal, un canto gigante preludiado sobre la naturaleza: la luz y la sombra volcadas á torrentes, las lágrimas y la risa, el dolor de una vida solitaria y estéril, y el placer, abriendo con su más pura manifestación, las sensaciones primeras del corazón.

Yo sentía latir en aquel libro roto, la inspiración de una alma desolada por todas las amarguras de la vida, y cada estrofa, cada canto, levantaban dentro de mi seno, el éco de un sollozo.

Habría dado la mitad de mi vida por saber á quién pertenecía.

Aquellas hojas fueron de mis ojos á mis labios, de mis labios á mi corazón, bajo la fuerza de una impresión sacrosanta.

Estaba sola: aquel era el sitio de mis paseos por la tarde: me hallaba rodeada por un paisaje bellísimo; el sol se hundía; el aire que respiraba estaba impregnado de poesía; el cielo puro era cruzado por algunas nubes blancas; los árboles se acariciaban blandamente á la luz del sol moribundo; el éco de una voz amiga se alzaba del follaje, que se movía, imitando el ruido que produce el roce humano en las hojas amarillentas. Todo respondía perfectamente al estado de mi espíritu.

El poema temblaba en mi mano ; mi corazón se abrió como una flor ; mi talle se alzó y mis rodillas se doblaron obedeciendo á la enorme sensación de asombro que me embargaba. Levanté las hojas á la altura de mis ojos, las páginas desgarradas se llenaron de luz, los versos se borraron con lágrimas, sobre el papel ; una imagen diáfana surgió sobre el canto más bello y la página iluminada quedó oscurecida para mis ojos.

El poeta ejercía sobre mí, la influencia soberana que los espíritus superiores tienen sobre los débiles : Ossian, de Musset, Gauthier, Lamartine, Shakspeare, Byron, el mismo Job, cruzaron como satélites de aquel astro de primera magnitud. Mi corazón cantaba y mi ilusión resplandecía. Sentía el corazón sonoro, y una armonía de arpas celestes, de vírgenes vibraciones mágicas, que parecían himnos ensayados por ángeles.

La sentía dentro mí misma, como si las cuerdas de un instrumento misterioso, mudo hasta entónces, lanzára sus notas al compás de los latidos de mi corazón.

Leía, y volvía á leer, llena de unción y misticismo santo, como si aquel libro fuera sagrado, escrito por Dios. Un arrobamiento celeste embriagaba mi pensamiento; no era yo misma, era otro ser, engrandecido, espiritualizado, inspirado en la fuerza grandiosa de aquella palabra escepcional. Había olvidado el mundo exterior, había olvidado la tierra y me ligaba al cielo, quería alcanzar á Dios que me sonreía á través de aquellas páginas. La fuerza estupenda de aquel sentimiento único, avasallaba de tal manera mi espíritu, que alcé mi voz, y las aves callaron y la naturaleza enmudeció ante el grito desolado que mi voz lanzaba, traluciendo aquellas páginas sombrías.

Oh! ¿quién era aquel astro perdido en la tormenta de su suerte? ¿quién era aquel cantor sublime que enseñaba la fe y la esperanza en el dolor que destilaba su alma? ¿qué

nombre habría al pié de aquel libro desgarrado que el viento trajo hasta mí ?

¿A qué autor desconocido pertenecía? ¿Era tal vez el canto de algún poeta Sueco, ó las estrofas postreras que algun náufrago confió á las olas del mar enfurecido, y que el viento arrastró en sus alas para traerlas hasta el latido de mi corazón? No lo sé; pero fuere ello lo que fuere, creo que Dios las puso al alcance de mi alma. Mi memoria las sabe, mi corazón las canta, y mi pensamiento las guardará impresas en el cristal de la memoria.

¡ Oh ! poeta, bendito seas !



## El Otoño

---

Ni una hoja en los rosales ! La grama amarillenta . . . . todo está triste, muy triste, hasta mi alma parece participar de la melancolía profunda que reviste la estación otoñal.

Duerme la fuerza germinadora de la naturaleza : las primeras escarchas coronan de rayos blancos como crestas marinas, las últimas hojas que aun mueve, asidas al tronco, el beso frio de Mayo.

El cantor amigo de la oración ha enmudecido, viene á la reja de mi ventana á bañarse en el sol que la ilumina ; pero mudo, silencioso, sin cantos ni alegría.

Las gramíneas están pálidas y los bulbos duermen bajo la capa de la tierra en la preparación silenciosa que mas tarde, en brotos y perfumadas varas, se desarrollará al sol de la primavera.

La corteza de los árboles parece muerta : tan amarilla

está! El conífero melancólico que dobla su cabeza umbría al borde de las tumbas, guarda entre el capricho de sus ramos, mil formas aun inéditas, que mostrará más tarde, cuando el sol de Octubre sonría á la naturaleza con el rayo de su primer caricia.

Las plantas bienales, la olorosa Nepolina y el delicado resedá, abren en el corazón de la tierra la dorada bulbilla y arrojan al aire libre sus perfumadas florecillas.

Solo allá, bajo el cristal del invernáculo, alzan al calor de la estufa sus ramas de hojas pálidas coronadas de flores : la *Cineraria* híbrida, de pétalo oloroso, y la *Begonia* cándida inclinada en racimos sobre el tallo jentil de la *Cli-toria*.

Todo está triste, muy triste! No se siente esos ruidos de bajos conciertos que se alzan del ramaje en las noches templadas de Noviembre, esa armonía universal que compendia en sus notas misteriosas un solo acorde: el acorde colosal de la naturaleza: la flor que abre y vuelca en raudales su aroma, perfumando el viento que la lleva en sus alas.

Las ramas que se chocan, el surco de la tierra que entreabre sus entrañas, rica de sávia, á la semilla que nace convertida en planta.

Los murmullos del canto de las aves ocultas, el rumor de álas sobre nidos que palpitan de amor, la larva abandonada sobre el camino del jardín solitario, que hace al moverse con el soplo del viento aquel ruido que produce el caracol sin madre que arrastra la espuma sobre las algas de la playa, el murmullo que se levanta del estanque con cantos penetrantes de grillos y millares de insectos....

Ah! no hay nada! Ninguna de esas bellezas despiertan la inspiración en el alma; todo, mudo y descarnado, tiene el aspecto de la muerte.

Qué nos resta de la pasada primavera?



Nada:— El viento de otoño seca y arranca las hojas y marchita las últimas flores. . .

La vid frondosa y simpática que dió en su fruto la alegría á la humanidad, primera sonrisa de la dicha que enseñó el júbilo al corazón del hombre en el festín del mundo....

La vid, seca ya sus hojas, con el último racimo de su fruto maduro, las arroja al viento....

Ha cambiado su vestidura como olas de esmeralda y púrpura, por la forma descarnada y fea de un esqueleto.

Solo viven sobre el agua, la *Ninhepa* albísima, reflejo de estrella, sobre las ondas, y la *Thalia Dealvata* olo-rosa, que flota en el agua estancada, como un copo de escarcha sahumada de mirra.

El Papyrus sagrado, de hoja blanquecina y membranosa, estrecha sus raíces sin corteza con la raíz caprichosa del *Cyperus*... y más abajo, mucho más — en el fondo del acuarium—algunos pescados rojos que brillan como un disco de sol, á la luz del día, agitan ondas pequeñas y triscan sobre las hojas inmensas de la *gran Victoria*.

Uno que otro pájaro mudo ante la tristeza del otoño, cruza sobre las ramas de las cepas sin flores. No tiene nido, no tiene amante, por eso no trina: está solo, caliente al sol pálido de Mayo sus alitas entumecidas por la helada de la noche anterior y luego se aleja cruzando la inmensidad....

No hay aves, no hay flores.

Entonces la naturaleza duerme, pero como una virgen sonámbula, va á despertar más tarde para coronar las selvas con palmas y penachos florecidos; para llenar de amores el corazón de las aves y darles de nuevo el himno armonioso de sus cantos inocentes.

La naturaleza duerme.... no, no es sueño, es solo un letargo; ella elabora en su seno nueva sávia; incuba en

sus entrañas generosas nueva fuerza generatriz que dará, pasados algunos meses, la belleza lujuriente, al ropaje festival de la selva y la gala del jardín.

La naturaleza duerme y la vegetación se hiela con los primeros frios.

Las mañanas son bellas, pero impregnadas de no sé qué vago tinte de melancolía; las tardes—esas horas las más hermosas del panorama de todas las horas—no tiene ese color diáfano de las tardes estivales; predisponen á la meditación, y á su luz sombría como el último rayo de los ojos que se cierran, se puede más fácilmente evocar el recuerdo del pasado!...

En esa hora indefinida que se llama crepúsculo vespertino, nace en el cielo la primera estrella de la tarde: Vénus!

Oh! entónces todo es bello, aunque sea visto desde el jardín mutilado por el frio de Mayo.

El pensamiento se ilumina, y cuando la tarde muere y se abre el cielo á la luz de los astros, el alma se arroja y todo se busca arriba....



## El Invierno \*



Encorvado y cubierto de nieve, camina el invierno en dirección al Norte, envuelto en un manto de perenne escarcha; su lacia cabellera blanca la mece el viento helado de la tarde cual si fueran hebras de cristalizada nieve: Sus labios se entreabren y una voluntad invisible vuelve á comprimirlos haciendo rebramar dentro

\*—Esta fantasía fué escrita para la *Nacion* el año 1870. B. A.

de su pecho el soplo potente de un suspiro que no puede expandirse porque la atmósfera está tibia en torno suyo. A medida que avanza, su andar se hace inseguro, apoyándose trémulo en el tosco roble que le sirve de báculo. El invierno se vá, pero á su paso todo se torna aún más árido y triste; el rayo de sus ojos negros, como las ráfagas de la tempestad, hacen temblar tremulosas en las secas ramas á las últimas hojas medio heladas que aun amarillean entre los árboles; un cierzo frio que le sigue en pos arremolinea la hoja-rasca cubriendo de pequeños copos de nieve la senda del viajador.

La naturaleza, semejante á una vírgen pálida y moribunda, exhala un gemido de vida apenas perceptible y vuelve á tenderse en su lecho frio envuelto en el blanco sudario de los hielos. Las aves no trinan; la selva y la maleza están secas; ni una sola flor brilla alegrando los amarillentos campos y solo los rebaños y rodeos en la falda de las lomas arrancan á la tierra empobrecida, las raíces de los pastos sin hojas y las escasas matas de los cardos enanos.

Los ojos del invierno se fijan espantados en el último sol de Agosto que hunde su roja penumbra tras las agrupadas nubes del poniente, dorando apenas y ya sin fuerza, los picos blancos de las nevadas cordilleras.—Allá está, murmura, mi postrer morada en América; entre las escarchas de esas blancas crestas me detendré algun tiempo más y luego cuando comiencen á derretirse, volveré á andar y como el judío errante jamás llegaré al término de mi eterna jornada.

La primavera y el verano siguen mis pasos, me estorban, sacudiendo con sus manos tibias las escarchas de mi manto y donde yo imprimo la planta helada matando la vegetación y la belleza, ellos borran mi huella sembrando de rosas y lirios el camino que yo dejo escarchado y muerto. Trepa el viajero la cima de los An-

des y las nieves en brillantes cascadas comienzan á derumbarse, bajando de lo alto, cual sierpes de plata, hasta el cauce de los rios, donde confundidas en sus corrientes crecen las ondas y cubren más tarde el Plata y el hermoso Paraná.— Ya ha rozado tu ala florecida las nieves de mi asilo, murmura el triste invierno viajador, reconozco tu paso por la cima de los Andes, hija predilecta de los tiempos; veo tu imágen dibujarse á la distancia entre las selvas y las pampas de América! —Adios, pues, voy á tenderme un instante á reposar en mi lecho de eternos hielos, voy al polo á dormir un sueño en grutas de nieve y en palacios de cristal; allá no hay perfumes ni armonías, no hay coros de palomas azules, pero en cambio hay témpanos donde reclinar mi sien y auroras boreales, espléndidas de luz y tornasol que alumbrarán mi sueño y reconstruirán los jirones de mi manto deshelado ya, y allá donde no llega ni el pensamiento de los hombres, penetraré yo y seré rey absoluto de los campos de hielo en el polo imánico. Y así, hablando el invierno, desciende de las crestas derretidas de los Andes y se encamina al Norte dejando en pos rayos y tempestades, que aterran á los navegantes. Allá vá, allá corre el invierno devastando á su paso los campos y las ciudades. ¡ Cuánta miseria y lágrimas deja en pos! Semejante al judío maldito asola do quier que sacude la escarcha de su manto y como aquel llevaba el azote de las pestes á los pueblos, así el invierno inclemente produce solo donde se detiene, desolación y muerte.

. .

. . . . .



## La Primavera

---

Ayer las nieblas, las tristezas del invierno; hoy las galas de la primavera, palmas y flores tendidas en los campos, en los jardines, hasta en los cercos de retama y multiflor, como arcos de triunfo bajo el prisma de la luz.

La Diosa ha sonreído y volcado su canastillo y su falda recojida sobre la tierra.

Como el Dios de la Abundancia, la vírgen de la mitología lleva sus manos, colmadas de rosas y aromas, perfuma el aire con sus alas y nueva mariposa de Psíquis, se posa sobre todas las plantas como aquella sobre la frente pensadora de la última hija de Teon, Hipatia!

Oh! primavera, tu enciendes con la caricia tibia de tus besos, las guirnaldas del árbol secular, despiertas el perfume en las ramas muertas del sándalo y destrenzas la cabellera verde del sauce melancólico del lago.

Parece que á tu beso, todo jermina y resplandece.

Hay en el botón de la rosa, esencias desconocidas, que vienen como nunca, á la percepción del sentido.

Hay más transparencia en el aire, como si el vacío sin límite en que se pierde la mirada, el espacio inconmensurable, fuera más claro y luminoso:

Los astros mismos, bajo la caricia de tu amor, brillan en la noche, con el reflejo único de los *trópicos*, fundidos en la curva que describe la faja *Ecuatorial* y que brilla á nuestra mirada absorta allá en el silencio sereno de las horas tibias.

Aquel planeta es más intenso. Nos mira con su pupila abierta en el infinito, como un ojo que abarca la tierra, con su retina fija, invariable, marcando con su esplendor único sobre el cielo, la órbita brillante de su foco:

Vénus !

Oh ! primaveral tu traes en tu seno de vírgen, todas estas bellezas que son tuyas : Los astros más brilladores, las flores más frescas, el cielo más diáfano, y el corazón de la criatura humana, más bien predipuesto á la confianza afectuosa, y á la inspiración creadora del pensamiento.

Hay en todas las cosas de la vida, no sé qué alegría consoladora : todo está revestido como de un color de aurora, con sonrisas y caricias dulces, las aves cantan, el nido espera el secreto de la incubación : Allí están pobres avecitas, tejiendo sobre las ramas de un árbol vecino de mi ventana, el hogar de sus hijuelos ; llaman sobre los vidrios y parece que me conversan en esa estraña algarabía de sus picos amantes, con el desconocido lenguaje del cariño inocente de sus almitas.

Mas allá, la blancura intensa de los lirios, alzan un ramillete de nieve, al pié carcomido, de aquella vieja cruz que abre sus brazos y llama al infinito hace veinte años !

Oh ! qué triste es esa cruz descarnada y sola, que los vientos del invierno no han vencido y que resiste en la soledad del campo la mutilación pasada !

Parece que desafía y le es indiferente la inclemencia del hielo, como la primer sonrisa de la primavera.

Muchas veces cruzando ante aquella enseña divina, he detenido mi paso, he vuelto quince siglos atrás la mirada del alma, y como una consecuencia de aquella visión sagrada, el mundo primitivo, con sus ídolos, sus grandezas y errores, sus virtudes y sus vicios, ha cruzado ante mí con el jemido del paganismo moribundo diseñando á la vez la alborada primera del cristianismo : ese grito de júbilo santo que embriagó á la Judea.

Y he pasado murmurando la oración al hombre redentor de la humanidad—*Pater noster* . . . .

Oh! vírgen primavera! Tú llevas do quiera pasas sobre la tierra, la luz, los perfumes y las armonías. Por tí florece mi rosal querido; por tí se cubre de aromas el perfumado *espinillo*, abre la fuscata y brillan, abiertos como un rostro sombrío, los pensamientos de pétalos oscuros y fotografiados como un retrato desconocido sobre sus hojas negras.

La naturaleza ha alfombrado los campos y el rayo de tu sol oh! primavera, ha roto la escarcha de sus aguas. Todo es belleza y alegría hasta la misma esperanza, parece abrirse como el capullo de la flor....

Oh! primavera, bendita seas!



## Cl Alba

Esta es la hora de la meditación y la tristeza.

Es la hora de la belleza. Todo calla en la tiniebla.... y es entonces cuando mi alma acaricia sus sueños.

Es así, bajo el ala amante del misterio, cuando mi pié furtivo avanza en el espacio oscuro y llega á la espesura de los árboles amigos. Ellos guardan en su corteza cifras y letras que mi mano grabó. Parecen un cielo estrellado sus ramajes, á través de la brecha que abren las hojas y que los astros iluminan con su luz pálida. Las brisas y las ramas levantan un himno: son los cantos de Otoño que seca la hoja en la rama; y la hoja se lamenta con el éco postrero de la vida.

El cielo está claro, ni una nube lo cruza. La luna rasga

el capuz celeste y surge, como un diamante colosal : su rayo ilumina la tierra y á su contacto se aviva la jerminación de la naruraleza. Todo late y respira, todo se mueve : la yerba jime ; el rocío tiembla sobre el botón que pugna por romper el estambre y abrirse á la luz del alba ; millones de moléculas brillantes cuelgan de las ramas de los árboles ; el ave canta desde el calor de su nido y una jestación nueva se siente nacer al rayo de luz que viste de claro la tiniebla de la noche.

Oh! yo he coronado, á esa hora, mis cabellos en desórden con una margarita salvaje ; con una guía de yerbecilla silvestre, nacida fuera del jardín, nacida en el borde de aquel camino oscuro y recto. . . . Parecía una estrella caida ; tan blanca era !

A la belleza suprema de esa hora no iguala ninguna otra de las que guarda la naturaleza en sus múltiples manifestaciones. Se siente la soledad de la vida en un abandono grandioso ; nada turba el ensueño ; se gozan todas las dulzuras del recuerdo y el espíritu se alumbra como los astros del cielo. El mundo está dormido en torno de nuestra alma ; nos sentimos dueños del universo ; son nuestros el cielo y la tierra ; estamos solos, solos con Dios y el espíritu que se eleva hasta él. . . . El abandono de todos nos hace felices ; se piensan cosas bellas y nos encontramos capaces de todas las sublimidades. Oh ! el Unívsero es pequeño, el corazón estalla bajo la fuerza de la emoción, las lágrimas se condensan sobre la pupila que arde, se eleva el pensamiento para buscar á Dios, y nos postramos con las manos unidas y la mirada, la mirada infinita del amor alzada hácia arriba. Y Dios nos vé, nos sonríe en la luz de la estrellas, en el aire que juega con los cabellos de nuestra frente, en el canto del ave que salta sobre la rama, en la nube errante en cada rumor, en cada ruido que hiere el silencio de la hora hermosa.

Dios nos mira !



Sentimos su caricia en el rayo de luna que baña nuestra cabeza alzada, y los brazos se extienden en el espacio eterno, buscando la forma intanjible de aquella ilusión que nos acerca al cielo. La plegaria pasa entonces sobre el labio y el pensamiento se abrillanta con el destello de la ilusión más bella. La memoria abarca todos los cuadros, todas las escenas que baña la luz incierta de aquella hora....

El mar! el mar soberbio, moviéndose apénas en olas pequeñas que juegan perezosas sobre la playa desierta: la vela, hinchada al soplo matutino, que cruza sobre las aguas, como una ave marina; el ruido de los remos abriendo las ondas y haciendo espumas, el canto triste que el marinero entona, pensando en la querida de su corazón, el mundo ignorado que se agita bajo la inmensidad del mar.....

.....

Después la patria... el hogar en ruinas brillando á través del pensamiento, rodeado de sombras y tristezas! Si, es el hogar paterno, cuyos muros sombríos parecen un sepulcro; árboles inmensos lo abrigan con sus ramas, y los vientos juegan con sus flores que ya nadie guarda ni arranca. La ilusión nos ha llevado hasta allí. La mirada se vuelve entristecida, y el cuadro de las ruinas se disipa.

Volvemos á estar solos.

No sé qué encanto sobrehumano y qué extraño deleite se difunde.... Si alguien pudiera vernos, nos tomaría por un fantasma. Creemos escuchar nuestro nombre en el susurro de las hojas, aquel con que nos llama el ser más querido; una mano nos hace seña y el rumor de una planta humana se oye sobre los caminos solitarios. Entonces, bajo el sueño de la quimera, cómo cuesta romper el encanto y volver á la realidad de la vida!

Se desea vivir eternamente en aquella contemplación infinita!

Pero la ley de Dios es invariable, y todo cede á su fuerza creadora.

Los astros comienzan á apagarse, como si una mano invisible fuéralos extinguiendo uno á uno ; la tierra palpita ; se abren las flores, y despiertan los pájaros. Es el crepúsculo del alba que acerca un día más á la existencia universal.

La luz incierta blanquea los campanarios vecinos y el viento fresco azota el rostro con la dulzura de un beso.

El sol aparece en el cielo é ilumina la frente del pensador . . .

La poesía fué un ensueño de la noche que el sol de la mañana disipó sin piedad.



« ¡ Esas no volverán ! »

—

I

El jiro de la ola que se aleja con eterno vaiven ; la marcha de las estrellas fugaces que cruzan el cielo en las noches templadas de la estación primaveral, viajeras eternas del espacio inconmensurable que brillan y se apagan como fátuas linternas que enciende la mano de una divinidad invisible ; las hojas maduras como frutas en sazón que el viento arranca á los árboles y que arrastran en sus alas jemidoras, que las lleva léjos, muy léjos, allá á las soledades del desierto, sobre las espumas del mar inquieto ó al fondo del abismo ; mas, mucho más que todo lo que se mueve y palpita sobre la tierra y bajo el

velo celesté de los cielos, se alejan del alma y del pensamiento las ilusiones. . . . Sonríe aún la juventud : el ópalo con su toque de colores suaves sombrea los sueños de la esperanza, acordes dulces vibran al compás de los latidos del corazón, palpitan en torno de nuestra vida todas las bellezas del universo : hay luz en el pensamiento, esa fuerza creadora de la idea, la concepción tal vez es rápida y feliz como en los días del pasado estío, pero como una consecuencia natural y perfectamente lójica, establecida por las reglas inexorables del tiempo en su duración perpétua, en su rotación sempiterna, se observa la decadencia del espíritu . . . . tenemos aún el brío de la juventud, ah ! ¿ pero dónde están las ilusiones ?

Allá ván.

Son blancas, oscuras mariposas, golondrinas negras que se alejan en busca de otro cielo donde batir el ala . . .

Parodiando al poeta, podemos decir con él :

« Esas no volverán » . . . .

Son viajeras del infinito que se alejan en pos de otras rejiones, brillan apénas á la mirada triste que las sigue en la ausencia eterna, como se sigue en las olas del mar enorme, los puntos de luz que salpican las aguas con claridades marinas.

Son las luminarias que el guía moribundo dejó caer entre los témpanos de la nieve . . . . .

Las flores están muertas ! La *rosa* de brillantes colores ha deshojado su pétalo y doblado su cabeza sobre la tierra que la sustentó un día ! En vano el rayo tibio de la aurora le acaricia en sus vuelos de luz, en vano el sol en sus puestas más bellas le besa con su amor ardiente, en vano el astro más radiante le envía su destello más sutil, en vano ! La rosa, como el corazón humano,

pierde sus ilusiones, pierde sus hojas místicas, como aquel la fuerza de sus latidos.

También como la rosa bella, el corazón floreció en su primer mañana, sintió anhelos desconocidos, éxtasis celestes, ensueños castos, esperanzas . . . .

Como la rosa dormida al arrullo de los céfiros, con las sonoridades del aura en las tardes del estío y de negra tormenta, sintió llenarse su vida con ternuras y santos cariños . . . tuvo idilios y poemas . . . También como la rosa soñó con el amor ideal, sonrió á la inmortalidad en su último ensueño, y como la flor inocente que abatió su cáliz y deshojó sus pétalos, volcó sobre la tierra impura sus lágrimas, y desgarró sus ilusiones como hojas de otoño . . .

Allá ván! Ruedan al abismo, cruzan la inmensidad para caer en la cuenca lóbrega de la montaña y volar otra vez á su cima, para estrellarse ó empezar de nuevo la batalla del infinito . . . También las hojas de la rosa mezcladas al polvo de la tierra ó á la linfa pura del arroyo, se convierten en moléculas brillantes ó en átomos apagados . . .

Hé ahí la ley universal de la existencia humana: nacer para morir, y morir para renacer.



## Un lirio!



Extraña perfección!

Muchas veces un astro, una flor, una nota que el órgano murmura como una canción en triste sonata callejera, un perfume, una exhalación que recorre el espacio

en las horas avanzadas de la noche, el rocío que baña los pétalos, el cristal que llora á la luz del alba, la nota triste de la guitarra sonora que hiere el silencio de la noche con una sencilla serenata, la flautita de hinojo con que canta en notas suaves como una caricia de angel, el alma pura del pastor que vá tras el rebaño—cualquiera de esas cosas bellas, desde lo más infinitamente pequeño, hasta lo más enormemente hermoso, ha solido despertar en el corazón y en el cerebro el recuerdo adormido en el fondo del alma, la memoria del pasado con sus dichas y pesares, imágenes que se guardan en nuestro propio ser, como un perfume inviolable que consuela en los dolores de la vida, pero un lirio! oh! un lirio! ha traído más: la visión blanca de un ensueño! He visto *allí* como un semblante amigo sombras de un rostro con tintes indefinidos y vagos, esbozo de una fisonomía que he creído reconocer, tal vez que he amado en otra vida . . . .

Misterio de la flor! Qué estraña claridad brilla sobre sus hojas, sobre sus hojas pálidas llenas de una infinita melancolía? Es acaso la espresión de una mirada que se estinguió, ó es la luz de un recuerdo que palpita con blancura de imagen en su pétalo? . . . . .

Era una tarde plácida; el sol descendía para ocultarse entre una franja roja tendida en el poniente como un grupo de adormideras; se extinguían en el espacio las últimas claridades, y las sombras envolvían todo, disponiendo el sitio en que como dice un poeta, *la noche se abraza con el día*. Al último rayo de luz que se perdía en vagas fulguraciones allá en el confín inexplorable del infinito, la palidez de un lirio me detuvo con la curiosidad del niño, tenía en su cáliz polvoreada de amarillo no sé qué perfume *suavecito*, qué *sabor* tan fresco, qué pureza tan nítida dentro sus hojas abiertas. Era como el aliento de un ángel que apenas le había rozado al pasar

con suavidad de céfiro ó con blancura de estrella. No sé qué había en su centro, sobre sus filamentos de nácar y sus pétalos dorados, no sé qué era lo que brillaba sobre el corte transparente de sus estambres cristalinos. Sería el reflejo crepuscular de la tarde que muere y la noche que nace? Sería el destello del sol poniente que se esconde en el bajo horizonte para dar paso á la luna que presenta el disco en el azul profundo? O quizá, ¿sería las gotas primeras del rocío que busca con su beso tibio el búcaro de la flor, la caricia tal vez del colibrí que le besó temprano, con luz de alba y miel de su pico esmaltado? No, no era nada de eso: Tal vez una de esas estrañas percepciones de la imaginación que agrandan los objetos, que mueven cosas sobrenaturales y que dan la fosforescencia del brillo fantasmagórico y con ella la apariencia de una realidad vista á través de la óptica ilusoria? No lo sé. Aquella flor mirada á la luz indecisa de la oración--cuando todo palidece por efecto del rayo que se estingue, tenía difundido en sus hojas los perfiles de un semblante; una visión que se agrandaba á la persistencia de los ojos que observaban ávidos, imágen fundida en marco lumínico bajo el esplendor de su cáliz terso!

Era un retrato!

Ah! qué hermoso retrato!

.....

Sus hojas frescas entonces, hoy están secas, quemadas por el trascurso del tiempo pero aun asi mismo, hay en su cáliz incoloro ya, la imágen tentadora de aquella visión tan bella que una tarde sorprendí en sus hojas!

Todavía oprimo á mi lábio la flor marchita y siento aquel *sabor de lirios frescos besados una mañana!* .....

Nunca ví entre las multitudes un rostro que se pare-

ciera á la visión angélica de mi lirio blanco y he llegado á creer que es la imágen intanjible de una divinidad.



## Umbræ et nihil \* *Bética*

Los mundos se transforman obedeciendo en su evolución progresiva, á esa ley que fija todas las cosas de la tierra. Sujeto el globo al cambio evolutivo de la forma en sus condiciones geológicas, se vé suceder á los desastres que arrollan y devastan donde quiera que estalla su nota gigante el cataclismo, nuevos palmos de tierra productiva y feraz, donde la sonrisa de la humanidad por venir, apagará el grito estridente del pasado. . . .

Infortunada Andalucía! Tú también como el muerto paisaje de la luna, que cruza sin atracción el infinito, en los espacios siderales, de otros mundos, quedarás dormida en el sepulcro de tus ruinas, bajo el polvo caliente del desastre!

Como Ischia, la vírgen napolitana que abrazó con sus besos de llama el Vesubio; como Java, la infeliz Krakatoa proscrita de la familia humana entre la lava de sus cien volcanes, dormirás el sueño de la inmortalidad, bajo el arco mutilado de tus templos y jardines, como durmió Pompeya y Herculano el letargo de los siglos en su lecho secreto de plomo, donde aun bulle, entre el polvo eruptivo de las ruinas, el éco de la orjía y el ruido de la lucha.

\*—Publicación hecha una sola vez en Buenos Aires á beneficio de las víctimas de los terremotos de Andalucía en 1885.



## La última melodía

---

Suena el aire con las vibraciones que levanta el aura en los ramajes ; perfumes que pasan murmurando su himno nocturno entre las hojas abrazadas fuertemente ; armonías vagas de las noches cálidas del verano . . . Copas de árbol que sacude el rocío fresco, columpios de la mariposa y la flor, rayos blancos de luna que cruzan y acarician las flores entreabiertas, trinos apénas oídos que levantan los céfiros en alegres retozos, la aurora en fin, con sus cambiantes de luz rosada que murmura la vida en su rayo templado . . . Apénas con esta imágen de ese concierto de lo infinito que guarda la noche en sus horas quietas, bañadas de luz, puede darse la idea vaga de la última melodía !

Así empezó : lánguida, con esa melancolía de las profundas penas, con que se cuentan á Dios los dolores del alma ! . . . despues, fué subiendo el diapason, como si los sonidos arrancados fueran impregnándose en las emociones de todo su ser . . . era *plegaria, luz, incienso y armonía* . . . me pareció que la alcoba se llenaba de arpejios, como se llena el jardín con el perfume de los lirios ; era que cada vibración del instrumento hablaba con la voz humana, interpretando sus propios sentimientos bajo la fuerza acariciadora de sus manos y en la inspiración que trasmite el alma á la vibración del sonido.

Era una romanza puesta en música del corazón ! !

Se cierran los ojos y el himno suena más fuerte, arrulla más intensamente en el fondo del espíritu que electriza la armonía !

Conversa ! ¿ Qué dice en su voz melódica ? esto :

Allá en el infinito donde brilla el mundo invisible de los



astros, percibo una visión lejana cual la sombra lumínica de un espíritu puro que murmurara en mi oído un acorde dulce, muy dulce.... ama ! ama ! ...

.....

Es como un salmo de vida que habla al alma con la voz de la esperanza, cuando el fantasma de la ilusión soñada en las horas juveniles aparece en todo el esplendor de su belleza.

.....

Es una voz angélica que murmura un éco no escuchado hasta ahora, un éco que repite el corazón estremecido : Ama, ama !.....

.....

Qué haces ? Mueve tus alas y alza tu vuelo hasta esa región ignota donde van tus labios á entonar el salmo de la eterna dicha, donde vá á crecer la inspiración de tu genio.... sube, esa es la esfera de la gloria, el límite de lo humano, que toca en lo divino..... *Ama ! Ama !*.....

.....

Como la espuma brillante del torrente impetuoso, ascien- de la cascada cromática en notas de huracán, se derraman en el espacio oscuro como las reverberaciones de un sol ; cantan con voz de tempestad en un bello contraste de una alborada en calma, con fulguraciones de rayo, despues el descenso tranquilo, la suavidad de la ternura, con notas de súplica, el alma arrodillada ; el corazón abierto á todas las emociones del primer cariño, con la injénua inocencia con que abre en la planta jóven el primer botón á la luz y al rigor de los vientos.....

Es el himno de la pasión que se desborda en su pecho con la fuerza amante del raudal que avasalla y conmueve.... es el grito formidable que al fin llega á vencer su corazón, que siente en la armonía, el éxtasis presentido, la inspiración del sentimiento.

Si, es el poema no sospechado, ha escrito sin saberlo la página primera con música del alma. Como el poeta, eterno pelícano del amor divino, ha dejado caer en cada nota de su improvisado cántico, las gotas rojas de su sangre, lágrimas recojidas en el vaso del dolor por el alma que escuchó arrobada !

Artista ! has levantado tu corazón en la nota divina con que se ha iluminado tu alma por el sentimiento y la inspiración ! Poeta, has cantado la estrofa del amor sublime, en el acorde apasionado que solo el genio templea bajo el impulso gigante de las grandes y nobles sensaciones ! Pintor ! has creado el cuadro más rico en colores, por que has hecho vibrar en él, la cuerda simpática del dolor y la súplica . . . has desplegado tus alas como un Dios creador ! . . .

Has sentido el primer latido de tu corazón y quieres inmortalizarle en la obra perfecta que encarna el ideal soñado en las horas de espíritu febril en que surge, como un sol en el alma, la imágen alentadora de la gloria !

Cada nota de esa bella romanza, sin nombre aun, es como una ala que se abre lanzando al desplegarse en el espacio, un raudal de armonías que llevan ajustado á su ritmo sentimientos y aspiraciones tuyas, sonoridades blandas casi angélicas de tu espíritu delicado.

Se traduce de ellas como una suave emanación, promesas, ensueños, anhelo, lágrimas y hasta besos leves . . .

Ni Wagner ni Schubert, ni Beethoven, ni el mismo Stradella con su misa sagrada, tocó en el sentimiento con que toca al alma la *Ultima melodiu*.



## La flor marina

—

—Vuélvete, dijo la flor de hojas azules y pétalos blancos, al escorpión horrible que trepaba jadeante por el borde de las hojas, buscando el tallo donde la flor se movía á impulso de los céfiros.

*El Escorpión*—Dame una sola de tus hojas para subir por ella hasta el beso de tu corola.

*La flor*—Jamás! vuélvete, eres horrible, me causas espanto, tus garras no tocarán la pureza de mi cáliz.

*El Escorpión*—Qué harás? cómo puedes huir de mis caricias? ya estás á mi alcance, flor orgullosa! Un ruido de marea llenó el espacio, la flor sacudió su mata con violencia, sintió que anidaba en su cáliz el reptil, que el mónstruo la abrazaba con sus patas negras, y rozaba con su roja lanceta las hojas plegadas de la flor temblorosa. La marea subía, una ola perezosa rodó blandamente por la playa, fué rodando en su jiro por entre los verdes helechos y las algas pardas que bordaban la ribera y llegó en silencio hasta la flor plegada en el lazo azul de sus hojas aterradas. . . . la ola salvadora envolvió en su espuma, sin ruido, al reptil seductor, le arrancó de la miel virjinal de la corola y le llevó en su corriente en la lucha horrible de la vida y la muerte.

Solo una gota enamorada, quedó sobre la flor inundándola en su beso húmedo, como una gota de rocío bruñido por la aurora sobre el cáliz nectario.

*La flor*— ¡Quién eres! quién eres tú!

*La gota*—Soy la esencia fecundadora de tu vida, soy el jérmen creador; abrígame en tu seno, yo refrescaré tus hojas con la pureza de mis besos, yo daré á tu corola la belleza perenne de la eternidad. El manto de la noche me

alzará en sus pliegues y la evaporación de la aurora me volverá á tu cáliz amante. Amame, flor hermosa.

*La flor*—No ; tu has surjido de la tierra ; yo he venido del cielo....

*La gota*—¿ Y qué harás sola ? pronto la tempestad abatirá con sus ráfagas pavorosas tu hermosura y tu altivez ; caerás marchita bajo su ála devastadora, te arrastrará la corriente en sus giros y no habrás gozado las delicias del amor que yo te ofrezco.

*La flor*—Déjame sola, vuélvete al seno de las olas, allí hay flores y perlas donde tu puedes anidarte ; allí hay pólipos azules y corales rojos que te darán su amor ; déjame á mí, pobre flor caída de los cielos, esperar solitaria el misterio de la noche para fecundar mi cáliz con la luz celeste de un lucero, déjame ó sacudiré mis hojas y te arrojaré sobre la tierra impura.

*La gota*— Oh ! no me arrojes . . . ven conmigo, te haré la reina de las ondas, la nereida mas bella, te adorarán los jenos en tu palacio de nácares y espumas, coronaré tu frente de nenúfares . . .

*La flor*—No, véte . . .

Y la flor celeste volcando su cáliz sobre la tierra, arrojó lejos de sí á la gota amante de los mares. Se alzó más bella despues del triunfo y esperó la noche.

Las sombras comenzaron á invadir, el silencio llenaba el espacio y hasta las olas que jugaban lentamente sobre la playa volvieron al mar, rodando silenciosas en crestas de espuma. Al sosiego de los vientos dormidos enmudeció la naturaleza ; el rocío inundó la grama y los mariscos arrastrándose fuera de la madre, comenzaron á rastrear las arenas, dejando un surco luminoso tras sus huellas.

La flor celeste, perfumada de esperanza, desató su broche, un astro asomó en los cielos sobre la oración del mundo y un beso resonó en el desierto del mar. Todo calló ante el amor supremo del astro y de la flor, su rayo enorme

la acarició, besó palpitante sus pistilos y se embriagó en el aroma de su pólen divino; la retuvo en el efluvio de su luz, la abrazó blandamente, blandamente. . . .

*La flor*—Llévame en tus rayos. . . .quiero vivir en tu órbita! . . .

*El astro*—Eres una tentación de la tierra, la creación más bella de Dios en el mundo.

*La flor*—No, no soy tentación de la tierra, soy una estrella espatriada de los cielos en que vives tú;—vuélveme á la luz; seré un satélite eterno de tu foco. . . .

*El astro*—Nó, tu guardas la esencia divina de un alma mortal, eres humana, déjame amarte en la tierra; adorarte en el misterio de esta hora sublime. . . .

*La flor*—Ah! llévame contigo, arráncame del lodo, vuélveme al cielo, somos dos almas gemelas; si, porque yo adivino en tu luz el efluvio de mi espíritu divinizado que vive y palpita invisible en tu rayo más amante, yo sé que guardas adherido á tu órbita un ser que lleva en su esencia parte de mi sávia, yo fui una estrella pequeña caída á la tierra impura y renacida en la forma que vés. He cumplido la prueba dolorosa de la vida y he salido pura de la lucha del mundo; *te esperaba*, llévame donde tu habitas, allí terminaremos el drama celeste de nuestro amor ¿quieres?

*El astro*—Sí, ven! nos espera el Eden inmortal de los amores; unidos como dos álas escalaremos el cielo. Mira, nos esperan los espacios infinitos donde la dicha es eterna. . . . y cuando el sol hermoso alumbre el Universo y brille sobre la tierra de los hombres, el astro y la flor, bajo la mirada de Dios, vagarán en la penumbra de las nubes, esperando la sombra de la noche. . . . y unidos, alumbrarán la oración sublime con el misterio en su rayo y un recuerdo en su aureola. . . .

Y la flor, desprendiéndose del tallo que la retenía sobre la mata, alzóse sobre el rastro celeste del lucero y escaló el

cielo para fijarse al lado del astro más bello que jira en el espacio y abriga los orbes !



## Juana Manuela Gorriti \*

Nació en la Provincia de Salta el 15 de Junio de 1818. Su padre era el general don Ignacio Gorriti, hombre eminente, de espíritu brillante, cuyo talento y grandeza de alma le cupo á su hija, por herencia.

Desde muy niña, Juana Manuela, templó su corazón sensible y su mente soñadora al azote del infortunio. Hija todavía, apenas traspuesta la infancia apacible, en *Orcones* y *Miraflores*, siguió regando con lágrimas, las huellas gloriosas de su padre, ora en el estruendo de los combates, ora en la proscripción del desterrado. Niña aun, en la edad de los sueños y las risas, Juana Manuela, arrancada de su patria por la mano del destierro, pisaba suelo extraño, siguiendo el paso aventurero de su padre, en su larga peregrinación. Bolivia la abrigó en su seno; allí fué esposa y madre, uniéndose á un jóven capitán entonces, que fué más tarde el general Belzú.

Aquel hombre, que murió alevosamente, pero con el lauro de los bravos sobre la frente, era el padre de la dulce poetisa cuyo laud enmudeció tan temprano la muerte: Mercedes Belzú de Dorado.

\* — Este artículo fué escrito para El «Album del Hogar» acompañado con estos datos biográficos el retrato de nuestra escritora y ofrecido por nuestro amigo el poeta Gervasio Mendez á sus lectores.

Corramos un velo sobre esas tumbas ; ellas encierran dos grandes figuras, cuyos rasgos prominentes han sido trazados por la mano maestra de la esposa y de la madre . . .

Juana Manuela Gorriti, cumpliendo su destino, halló en aquella nueva senda, adelfas, en vez de azahares, y aquel espíritu henchido de anhelos, aquellas alas que se desplegaban para volar en la inmensidad, se abatieron, y las lágrimas, únicas compañeras de su tristeza, saturaron aquella vida de una eterna desolación.

Corramos de nuevo el velo sobre el dolor de esta alma y las causas que lo produjeron, y volvamos á hallar á Juana Manuela, ya célebre en el mundo de las letras, en Lima.

La «Quena» fué la primer armonía de su alma. Como las notas dolientes de la música inca, «La Quena» estremeció todos los corazones, desde las orillas risueñas del Rimac hasta las márgenes poéticas del Plata.

Más tarde, «Sueños y Realidades» cimentaron su gloria y pusieron sobre su frente luminosa el primer lauro que alcanzó el genio de la mujer argentina. Desde entonces ha colaborado en distintos periódicos, tanto en América como en el extranjero. Redactó «El Album», más tarde «La Alborada», viniendo por último á Buenos Aires, donde fundó el primer periódico que se ha publicado bajo la dirección de una mujer: «La Alborada del Plata». Fué aquí, en su bella patria, donde dió á luz sus últimos libros: «Panoramas de la vida», «Misceláneas» y «El Mundo de los Recuerdos».

En mil ochocientos setenta y cuatro conocimos á la notable escritora. Llegamos temblando ante ella, como Alfonso de Lamartine á la presencia de Lainé.

Ésta, como aquel grande hombre de la Francia, era alta, delgada, grave, modesta, sienes hundidas, mejillas nerviosas, cuyas fibras se estremecían visiblemente, boca fina, labios modelados para la reflexión, como para el chiste: tal se nos ofreció Juana Manuela Gorriti, como Lainé

al poeta ; pero no estaba como aquel, bajo la sombra de los árboles de su alquería, sino al amor del fuego, en un cuarto de hotel, frente á su mesa de escribir, cubierta de originales, la pluma mojada y vuelta á dejar sobre el pequeño tintero, pálida, vestida severamente, de lana negra, con sus cabellos blancos, risados y cortos, el cuello ceñido por una delgada cadenita de oro, en cuya estremidad pendía el retrato de su hija muerta, Clorinda.

Parécenos oír su voz reposada y armoniosa. Parécenos oír su éco benévolo, acariciando con la mirada y la sonrisa, como para infundir valor en la emoción que embargaba á su presencia.

Más de una vez nos encontramos ante ella con aquel gracioso decir, sabor del injénio que contrasta de una manera admirable con sus cabellos blancos.

Su corazón es fresco, y su alma lapidada en el dolor y en todas las desventuras de la vida, conserva las galas seductoras de la juventud, cierto encanto que atrae con influencia desconocida : es el perfume del talento y la belleza suprema del alma.



## Rasgos de una vida luminosa

VICTORIA PUEYRREDON DE PUEYRREDON

Vivió como los mártires : ignorada del mundo, sacrificándose al bien y la caridad....

No fué una mujer, fué más : un ángel custodio, bajo



cuyas álas se cobijó todo el dolor, todas las miserias, todas las amarguras del desgraciado.

Ella tenía la grandeza humilde de Cristo. Abría sus brazos como abría su corazón llena de mansedumbre infinita, al que sufría, practicando el precepto sublime del Señor: «Haz bien y no mires á quien».

.....

«Cada paso, cada faz, cada acción y cada período de esa vida, puede mirarse como á través de un crisol que nada de lo terrenal empaña: viéndose más nítido, más puro y cristalino á medida que su claridad luminosa se aproxima al ocaso.

Entre aquellas creaciones blancas que perfiló con lápiz celeste la fantasía sonámbula de bellezas del autor de «Los Miserables», hay una que levanta su figura mística sobre el conjunto: el Obispo Miriel! Hé ahí el tipo ideal de Hugo encarnado en el cuerpo glorioso de Victoria Pueyrredón! Él la adivinó con su genio sublime á través del Atlántico y esbozó la silueta moral de la patriota americana en su tipo predilecto: Miriel!

Era una santa! En su vida como á su memoria solo se oye un coro de bendiciones cuando suena su nombre.

Su palabra consolaba, era sabio su consejo y el perdón y la santa compasión de Jesús palpitaba para todos en su lábio angélico.

Silenciosa fué su muerte como fué su vida, pero ha dejado en esa huella gloriosa que pisó, como un vago perfume, como una estela de luz y santidad tan blanca, que levanta á su recuerdo no sé qué indefinible claridad mística y suave, como un toque nuevo en el alma, de resurrección y también, de redención suprema....

Su hora postrera recordaba la muerte de Víctor Hugo. Moría, resignada y tranquila como el noble poeta; espiraba en todo el esplendor de su pensamiento privile-

giado, sin quejas, haciendo sus disposiciones, encargando á sus dignas hijas, los pobres desválidos, los huérfanos criados al amor de su santa caridad, hasta los malos que ella tornaba buenos con su evangelio divino.

Acariciando sus hijos, sus nietos y biznietos, pidiendo á Dios, entre una lágrima furtiva, el descanso de su carne llena de dolores....

Como el gran hombre de Francia, Hugo, esta santa mujer tenía un sagrado precepto: la ley sublime y consoladora de la igualdad y la democracia! Ella no perseguía como Victor Hugo el ideal de un espíritu puro en las páginas majistrales de sus libros: no; ella lo había alcanzado en su órbita de acción y se veía práctica en torno de una existencia consagrada á todo lo bueno y útil: no sabía escribir libros, tal vez no habia querido perder el tiempo en teorías, porque su cabeza era fuerte, tenía el vigor original del genio y sin esfuerzo hubiera tocado esas alturas de la gloria que ella en su grandeza despreciaba. Su tarea había sido doblemente laboriosa venciendo con su voluntad de fierro lo más difícil del camino.

Creo firmemente que no supo otra cosa que hacer el bien en esta vida, cumpliendo estrictamente con un deber austero y digno.

Su labio no se manchó jamás con la sombra de una mentira, y estoy segura que solo en el caso de *Sor Simplicia*, habría empañado su conciencia.

Doblemente meritorias aparecen esas dotes de su carácter excepcional por haber sido los medios de su existencia pasada, tan difíciles y llenos de peripecias dramáticas.

Su gran corazón como una fuente de inagotable caridad, sembraba el bien, *sin que supiera su mano derecha lo que hacía con la izquierda.*

Como patriota, ninguna muger tuvo un corazón más

entusiasta por la causa de la libertad, llevó hasta el heroísmo su amor á la patria. Murió de 82 años y ese noble entusiasmo, cuyo eco no había podido apagar la nieve de los años, vibraba con el fuego sagrado de la juventud. Hablaba con calor viril de su país y con frecuencia oíasele lamentar con mucha pena los disturbios de la política que alejan á los buenos ciudadanos unos de otros.

Solía decir: « Quisiera morir dejando tranquilo mi país, libre de esta lucha fratricida en que se empeña tal vez el porvenir, sin las pasiones partidistas del presente. » \*

Patriota de corazón, nacida en la época heroica de nuestra emancipación, saturó sus ideas en esa onda de la libertad alcanzada por el esfuerzo valeroso de nuestros mayores; desde pequeña oyó á la par del arrullo materno, los nombres de esos grandes capitanes, Belgrano, San Martín y Pueyrredón, y su corazón lleno de agradecimiento hacía los padres de la independencia americana, no supo latir sino á impulsos de la sagrada libertad.

Con un talento poco común en la mujer argentina, vésele cruzar el pasado, llegar al presente libre del fanatismo y la ignorancia, con un espíritu iniciador y progresivo, con sus admirables doctrinas liberales que no son por cierto de su época, que más bien pertenecen por la fuerza de su racionalismo al porvenir de otros siglos, con su inteligencia tan clara y su memoria tan asombrosamente dotada del recuerdo.

Con ese aplomo que es solo patrimonio del talento, vésele juzgar hombres y hechos actuales é históricos: suavizando errores, condenando los crímenes y ensalzando méritos y virtudes.

Durante la época luctuosa de la tiranía, ella también víctima del odio federal, emigró con su esposo y sus dos

\*—Se refiere á la lucha electoral de 1874.

hijas Victoria y Florencia, al Brasil, para comer en la mayor miseria el pan del proscrito amasado con lágrimas.

Con su gran caridad y amor, fué allí en el suelo extranjero la providencia de muchos compatriotas emigrados que partian con los esposos Pueyrredón el pan y la olla de su mesa humilde. Para ganar el sustento redobló su labor, se hizo maestra de escuela en San Gabriel, y su esposo don Mariano Pueyrredón trabajó de zapatero ! ¡ Cuál de los distinguidos compatriotas, cuál de los emigrados argentinos, no calzó un par de botas hechas por la mano delicada de Mariano Pueyrredón ?

Ambos trabajaban para todos, no eran sus amigos, eran más, sus hijos ! Así los llamaba: mi padre, mi madre. Ahí están vivos: Mujica, Vares, Peña, Lynch, Galan, Moyano, Perichon y cien más que seria largo enumerar y que recordarán á los esposos Pueyrredón con veneración.

En 1851 Victoria Pueyrredón quedó viuda: su esposo menos fuerte sucumbió á las tareas de una vida llena de fatigas y dolores. Sus amigos fieles, todos argentinos, llevaron al cementerio de aquel pueblo brasilero el cadáver del compatriota, á pulso y allí lo depositaron con vivas demostraciones de dolor.

Victoria Pueyrredón, viuda ya, volvió á su patria pensando siempre en los restos queridos que más tarde consiguió exhumar teniéndolos por siempre jamás.

Para trasladarse del Brasil á Buenos Aires, la pobre viuda contrajo con un distinguido amigo de su muerto esposo, una deuda pecuniaria que una vez en su país, levantada la confiscación *mazhorquera* de sus bienes raíces, fué pagando poco á poco, tan religiosamente y con tan cruel sacrificio, que este solo hecho de honradez y sublime probidad, basta para inspirar veneración y juzgar su conciencia limpia y austera.

En posesión nuevamente de su chacra de San Martin

donde tuvo lugar la acción memorable de Perdriel, redobló sus trabajos de un modo asombroso. Aquella naturaleza endeble se volvió de fierro; el deber de ser fuerte, de servir de apoyo á sus dos hijas sin padre, la trasformó; las tareas más duras las llevaba á cabo ventajosamente: ahorrando el salario de dos peones con su fortaleza!

Recojía sus sementeras, sabía ordeñar sus *veinte tamberas* (que era todo su capital), dirigía sus pocos peones y de todo sacaba fruto, sin mezquinar á los pobres su propia labor.

Algunas veces en las horas del descanso, despues de las fatigas del día *tan trabajado*, solía sentir el desmayo del cuerpo, de las fuerzas físicas y aun morales, pero entonces sus hijas sin tutor y el recuerdo de aquella deuda *sagrada*, como ella decía—volvía á imponerse con una fuerza de necesidad incontrastable y el trabajo del día siguiente era más fuerte, más llevadero porque representaba para ella esta cosa sublime: el deber!

Hace algunos años enviaba la última remesa de dinero ganado con el sudor de su noble frente ya anciana, y con ella saldaba su crédito y vivía más tranquila.

Vivía para el prójimo en el sentido de la ley de Dios; averiguaba los medios de fortuna de cada uno y auxiliaba con su peculio al necesitado—A los vecinos pobres les prestaba bueyes con que arar su tierra, á otro patente para hacer andar su carro, simiente al que no la tenía, terreno para levantar un rancho al que carecía de hogar, ropas al desnudo, remedios al enfermo del cuerpo y remedios consoladores también al enfermo del alma!...

Se indignaba ante el vicio y la corrupción y no obstante tendía, cerrando sus ojos, la mano llena de caridad y compasión al pecador!

Qué maldad no perdonaba!

Qué aspereza no suavizaba! ; Qué criatura por desgra-

ciada que fuera, llamaba en vano á su corazón y no partía de su lado dejando á sus plantas, postrada el alma y la vida despues de recibir los dones de su caridad.

¡Quién se alejó sin consuelo de su presencia!

Justa y recta, con esa rectitud del deber, parecía leerse en las líneas del rostro la blancura inmaculada de su conciencia ; había en torno suyo, en su cuerpo, en sus vestidos, sobre sus cabellos canos—no sé qué perfume, qué claridad, qué reflejo de santidad tan suave y manifiesto, que despues de mirarla y oirla era forzoso exclamar: Es una santa! . . .

Nada más solemne que su hora postrera. Conservó hasta exhalar el último aliento, toda la fuerza admirable de aquella razón tan clara y aquel espíritu tan ilustrado y de tan asombroso alcance. Hizo, serena, sus disposiciones testamentarias de palabra á sus hijas, que son dignas hijas suyas; encargó sus pobres, todos sus pobres, dispuso su féretro donde debían tener lugar otros restos queridos que ella guardó consigo 34 años! . . . la ropa que debía cubrir su forma, su bóveda, hecha en 24 horas para depositarla; no quería, dijo, lugar prestado para su cuerpo, era una deuda que ella no podía pagar ya . . . fué enterrada en la suya á medio construir. Encargó que no le pusieran flores, sin embargo, esto no se pudo cumplir: los pobres llorando se agrupaban en torno de su cajón y depositaban la última ofrenda: ramitos pequeños de rosas encarnadas y cedrones! . . .

Se apagó aquella vida luminosa á la hora del crepúsculo vespertino. Todo parecía en aquella hora, que tocaba el infinito en el reló de los siglos, en la armonía secreta de un gran dolor! La naturaleza se asociaba al alma de los que sufrían en torno de su cama, y ella con su santa cabeza blanca, áurea, ajitándose apénas como si sus álas fueran alzán-

dose á Dios, se le oyó murmurar al terminar su vida esta palabra : « recen ».

Se oyó entonces el salmo de las voces que entonaban la última plegaria. Su agitación se calmó, tal vez ella misma oraba ! . . .

Qué extraño misterio era aquel de su rezo? imposible penetrar su postrer pensamiento. Los sollozos se mezclaron á la plegaria y ella recojida y silenciosa vió aquel dolor que se unía á las cuentas del rosario. Muchas vces, entonces y despues, nos hemos preguntado por qué pedía que oraran! su alma pura no necesitaba la súplica mundana, orar por ella era una injuria á su virtud, á su santidad.

Nadie, ni el médico había pensado en un sacerdote, ella no lo necesitaba, era demasiado perfecta, de qué podía absolverla un hombre! Moría como un ángel, toda intervención religiosa estaba demás allí . . .

.....  
 .....

La tristeza de la noche se extendía. El ombú, ese inmenso gigante que ha sentido sobre su raíz enorme jugar las jeneraciones de dos siglos, apagaba la música de sus ramas y las hojas quietas parecían jimir á veces con voces prolongadas y débiles.

Todo estaba mudo y lloroso ante la agonía de su dueña. Frente á la cama, mirándola como pupila abierta en el infinito, brilló una estrella solitaria, titiló un instante y fué á ocultarse á las plantas del Eterno : Llevaba el alma de la santa que acababa de espirar.



## La lucha en el desierto

---

La antigua comarca de los calchaqui \* salvajes, estaba desierta, solo una choza se alzaba en el llano al abrigo erial rosado, cepas lujuriosas que cubren el valle y se extienden hasta el deslinde del *Pucará*. \*\* Los rebaños, echados en descanso, abrian de cuando en cuando sus ojos soñolientos para tenderse despues perezosos sobre los pastos húmedos del rocío. La cabaña de Omac, ardía con la luz del hogar, encendido con las ramas secas del puca. Un reflejo de incendio levantaba, con dimensiones fantásticas, la choza solitaria . . . eran las llamas de la maleza seca que ardía en torno, que subian en rojos espirales, que el viento azotaba, desprendiéndolas del hogar en penachos enrojecidos, que las bocanadas del aire esparramaban por el valle y que se enroscaban como pequeñas sierpes al tronco de las yerbas cercanas. El viento pasaba silbando en todos los huecos, movía con gritos el techo pajizo de la cabaña, y luego descendía á las ondonadas profundas del llano, para dispersar las cabras y los guanacos, que dormian tranquilos. Los grandes ojos de Alíxora estaban abiertos, fijos, azorados, sin sueño, sobre la estrecha cavidad del horno, allí se retorcián con jemitos prolongados las ramas rojas de la maleza, que ardía, ardía . . .

Seguía las chispas con la mirada curiosa de la corza jóven que se alarma de los ruidos del bosque. Se estremecía cuando un nudo fuerte se torcía con un gri-

\* — Valle estehso que parte de la Provincia de Salta y limita en la frontera de Bolivia.

\*\* — Cementerio indio que toma su nombre de los grandes yerbales rojos llamados *púca* que forman la vejetacion del valle.



to, consumiéndose, en contorciones penosas, como si su viejo corazón de maleza se resistiera, cayendo y levantando entre las otras zarzas verdes, en la batalla del fuego.

Un chisporroteo más vivo subió en rojas luminarias hasta la cumbre del techo, las ramas se quejaron más fuerte, eran voces de la selva que la llama arrancaba á los sarmientos tiernos, y á los corazones ancianos, con su lengua candente. Las llamas rosadas del puca, lamieron con más fuerza los bordes del horno ; las raíces duras se derramaron consumidas en blancas espirales de humo y chispas rojas como gotas de sangre.

Alíxora, dijo una voz débil en la choza. Alíxora tembló: fué hasta el lecho de Omac, se arrodilló entre las yerbas olorosas. Oye: dijo la india moribunda—oye, hija mía. . . . La niña se inclinó más, el fuego no se quejaba ya, las chispas habían cesado y el viento pasaba más suavemente sobre el lecho de Omac. Oye ! — volvió á jemir la voz de la india. Habla, dijo Alíxora—habla, madre—te escucha tu hija.

Hace quince años, oh!—lo recuerdo bien!—la tarde era tibia, con perfumes de lirios y aromas de *churquis* \* en flor.

Yo estoy ciega—dijo mi madre que tocaba la quena y cantaba sin descanso su eterna maldición al español—Yo estoy ciega—el rayo de Pachacamac soberano, cegó mis ojos — ve al valle, busca en él los *bezares* \*\* del guanaco para aplicarlos á mis ojos sin luz—ve, Omac; trae tambien la caza de los cóndores. . . . Las zarzas se cubrían de hojas que la primavera iba á madurar, los pájaros se escondían entre los viejos pastizales, todos los habitantes del llano descendían con paso tardío á sus sitios de descanso. Crucé el valle espantando las mariposas que se animaban en los lirios azules

\* — Churqui, espinillo (quichua).

\*\* — Piedras lustrosas y negras que guarda el guanaco en los hijares y que los indios del Bajo Perú emplean como medicina infalible para ciertos casos.

de la montaña, en esa cita interminable de la mariposa y la flor durante las noches cálidas del estío... crucé los riscos, trepé las escarpaduras más altas: toqué al fin el pico saliente que balanceaba en las nubes el nido de los cóndores: estaba vacío! los aguiluchos muertos, solo el viejo cóndor, el abuelo que trae la caza para el festín de los nietos, jermía con sordos graznidos sobre el nido desierto, traía su presa, bajaba en curvas suaves sin posarse, describiendo sus vuelos en torno del nido sin hijos, sobre sus polluelos muertos . . . . .

De pronto la presa se le escapó, cayó sobre el borde del enorme nido, quedó suspendida en el abismo: las raíces deshechas la balanceaban sobre los picos filosos de las rocas, el lloro de un niño sonó en todas las cavidades de la montaña, el cóndor volaba bajo, muy bajo, como si fuera á alzar otra vez con su garra la presa que lloraba al borde de las rocas. . . .

Alíxora miraba espantada á la india que hablaba sin fuerza, ya el fuego no se quejaba; había en vez de llama un montón blanco de ceniza que el viento muy leve alborotaba en torno del hogar casi apagado. La india seguía con voz desfallecida: tendí los brazos y tomé en el pico saliente, sobre el abismo la caza del ave que graznaba fatídica con gritos sordos de amenaza. No era un cabrito. . . .

¿Qué era, madre?

¡Eras tú!

Madre!!

Si, eras tú!

La luna se alzaba sobre las montañas negras y llenaba de rayos blancos el valle de *Calchaqui*.

Cuando llegué á la puerta de mi choza:

—Los cóndores han traído un niño, dije á mi madre ciega, que cantaba en las notas quejumbrosas de la *Quena* su eterna maldición al blanco, un niño blanco, un español.

—Qué dices Omac? dijo mi madre.

—Madre, la presa de la águila es una niña, un blanco, un europeo.... aquí está....

Los ojos sin luz de mi madre se iluminaron, se inclinó sobre mis brazos, miró el rostro de la niña y dió un grito, blanco! dijo y se desplomó á mis piés— estaba muerta. Había recobrado la vista para morir....

El cóndor sin hijos graznó toda la noche sobre la choza de mi madre muerta; la niña blanca durmió arrullada en mis brazos.... Oh! la amaba, la amaba. Omac dobló su cabeza sobre el seno de Alíxora, imprimió sus labios sobre los labios de la niña, un ligero aliento se extinguió en su pecho y el corazón de Omac cesó de latir. No existía....

El horno se había helado, las ramas tiernas y los viejos nudos de maleza se habian consumido; la ceniza la llevaba el viento arrojándola como jirones de una vestidura blanca, por el llano, eran claridades á la luz indecisa de la madrugada, que rodeaban las matas y corrian por los senderos para caer á las ondas del arroyo y mezclarse á la linfa....

Alíxora la doncella india, habia salido de su cabaña; llevaba á la espalda el lio de sus vestidos tejidos con el vellón de las alpacas rúbias, sus joyas de plata y su cofre de arcilla roja: se alejaba del valle, en busca de otro sitio. Había hechado por delante sus cabras blancas manchadas de negro y sólo llevaba de su choza donde murió Omac, sus mantas de guanaco y su cuerno trasparente, amarrado al cinturón, donde ordeñaba ella misma la ubre de sus cabras.

Alíxora no conocía el peligro, en su ignorancia agreste, ni siquiera sabía si existía más ser humano que ella sobre el mundo. Abandonaba su cabaña porque el recuerdo de su madre le perseguía en el sueño: porque la sombra de aquella, veíala vagar por la noche bajo el techo rojizo de la choza.

Descendía muy triste los últimos collados de Calchaqui: iba á comenzar el ascenso de las cumbres que cierran el hondo valie, quizá para no volver á él jamás....

La jóven se detuvo, volvió sus ojos azules ; sus ojos de europea que abrillantaban su rostro como dos záfiroz engarzados en bronce, y miró largamente al sol que se hundía en el poniente ; dobló sus rodillas sobre la yerba fresca y comenzó á sollozar. La tarde caía lentamente en la sombra y la última claridad de la luz iluminaba á la india arrodillada en medio de su rebaño, como un gran cuadro prendido en la penumbra dorada del espacio.

Adios, dijo su voz dulce como las notas de la *Quema*. Adios, choza amada, de Omac ; ya no te verán los ojos de Alíxora. La hija de los cóndores huye de su nido, remonta el vuelo á otras rejiones.

Adios, te dice mi lengua ; adios, te dice mi alma entristecida ; adios, clavelinas blancas de las montañas, lirios azude los riscos ; adios, calles y tumbas de Pucará. \* Alíxora ya no volverá más al valle, pero no olvidará jamás á Calchaqui ; y la jóven, sollozando tiernamente, arrancó de las últimas peñas que dejaba á su espalda un ramo de clavelinas, pálidas y languidecidas, como si comprendieran el dolor de su agreste hermana ; llevólas á sus labios y marchitó con sus besos y sus lágrimas los pétalos de las silvestres flores : sus rodillas se doblaron, juntó las manos sobre su seno y lloró, orando arrodillada la postrer plegaria en la tierra de Omac.

.....  
 .....  
 .....  
 .....

De pronto, semejante á una corza herida, se puso de pié, aplicó el oído á la tierra y escuchó azorada.

Antes que lanzara un grito, como brotado de la maleza, más de diez salvajes salieron de los riscos y la rodearon :

\*— Cementerio indio, situado entre las dos grandes quebradas del Toro y Escoipé, que viene la una de Bolivia y la otra del valle de Calchaqui.

la joven arrojó un grito de terror, los Llipis! \* dijo y quiso correr á las cumbres, entre sus cabras alborotadas y en dispersión, pero dos salvajes la estrecharon. La jóven, aterrada, perdía el valor, y daba gritos de espanto que solo las cavidades de las piedras repetían.

Un indio la tomó por el brazo y alzándola al hombro se la entregó al jefe que montaba un caballo, \*\* y Alíxora quedó tendida por delante del ginete indio, perdido el conocimiento, el rostro helado, y la boca muda.

A carrera tendida se alejó el jefe llevando entre sus brazos el cuerpo inanimado de Alíxora, bordeando en su carrera las llanuras para ganar las breñas. Dos horas despues, Alíxora vuelta en sí, sintióse llevaba á la carrera vertijinosa del caballo, que parecía volar aguijoneado por la javalina de la flecha con que el salvaje lo hincaba. La jóven volvió á gritar con el instinto de salvación, y como si sus gritos fueran oidos, el caballo se detuvo, se encojió— arrojó al aire un bufido y quedó vacilante con el cuello tendido, las manos temblorosas y el cuero trémulo. Entonces en el estupor del indio y el terror inesplicable del potro, un trueno conmovió la selva un bramido de fiera que repitieron las cavidades de las piedras con sonoridades broncas.

Encrespada, hambrienta, barriendo la yerba con la ancha cola, los ojos encendidos, olfateando en torno, dilatadas las fauces y estrechando la distancia para hacer más certero el golpe, apareció la fiera del llano— una leona! El Llipis feroz tembló—puso á Alíxora sobre la yerba, la cubrió con su cuerpo, despues desprendió las boleadoras de piedras *bezares* que estaban enredadas á su cintura, y se lanzó de un salto prodigioso sobre la fiera que rujía; las pa-

\*—Tribu feroz, cuyos restos, despues de la conquista, se internaron en el desierto de Atacama, y que hoy está casi extinguida.

\*\*—En 1558 los caballos ya habian sido importados á la América del Sur por el Capitan Azahara y por los padres de la Compañía.

tas traseras de la leona quedaron enredadas con las piedras y la cuerda. La fiera se revolvió, quiso con sus garras destrozar las ligaduras, miró al salvaje y apoyándose sobre las dos patas libres, lanzó un rujido que hizo temblar la selva y la montaña—pero el Llipis esperaba el salto, y cuando con un bote formidable, rompiendo las boleadoras que estorbaban sus patas, se arrojó sobre él, el salvaje dió una vuelta rápida con pasmosa agilidad, mientras clavaba en los ojos de la fiera dos javalinas de *Torah* \* que desgarraron sus pupilas.

La fiera rujió dejando un surco de sangre en sus huellas, volvióse bramando dolorosamente. El paroxismo del dolor la hizo vacilar, luego crispando sus garras poderosas, ciega, enfurecida por el dolor de las pupilas rotas, se lanzó sobre las breñas en todas direcciones buscando acertar en el blanco.

El salvaje de pié, no se movía. La jóven asistía silenciosa á la batalla del hombre y la fiera. De repente sintióse un bramido tremendo como un trueno y la cabeza monstruosa de un leon apareció entre la maleza y las piedras.

El macho!! gritó el indio alzando en un brazo á la jóven aterrada. Se afirmó en un pié—adelantó el otro y armó su flecha de *Ticuna*. \*\*

Puma! \*\*\* gritó, apretando á la jóven contra su corazón valeroso, Puma!

El leon se detuvo—jiró sus grandes ojos plumizos en torno y sacudió la cola; iba á lanzarse... Una flecha silbó en el aire, y la fiera vaciló al saltar, cayó y volvió á levantarse, rujió y un torrente de sangre ahogó su voz en

\*—Grandes espinas de pasmosa consistencias, que produce un vegetal y que los indijenas usan como javalinas en sus flechas temibles.

\*\*— Poderoso veneno que usan los indijenas de la América del Sur. Veneno mortal extraido de un vegetal con que empapan el plumerillo de la flecha para matar certeramente.

\*\*\* — Nombre con que designan al leon.

las fauces abiertas, y jadeantes por el dolor que mataba su corazón de fiera.

Un ruido poderoso se oyó apénas ; el rey del llano estaba vencido por el hombre de la selva. Un estremecimiento de dolor y rábía crispó su piel, aferró con desesperación sus garras á la pradera, que asistía silenciosa á la batalla de aquellos cíclopes de la llanura, despues un frio corrió por los pelos erizados de su piel dorada, su pecho iba enrojeciéndose con la sangre que manaba de su corazón atravesado, sus patas erizadas de uñas se doblaron, se moría y quedó por fin tendida á los piés del Llipis que sonreía de orgullo, jirando indómita aun, los ojos como dos soles moribundos que van á apagarse.

El salvaje sonreía ; dos fieras estaban á sus piés, Alíxora era suya . . . . . podía llevarla triunfante al fin de la llanura, sin que la cautiva lanzara un grito.

El valor enjendra el amor, Alíxora amaba al salvaje.



